

PINOCHO

Semanario infantil que publica los domingos la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. :: Administración, cierre y talleres: *San Sebastián*. :: Administración, correspondencia y suscripciones: *Madrid*, calle de Valencia, 28. Apartado 447. :: Suscripción: España, Portugal y América, año 20 pesetas. Otros países, año 30 pesetas.

40 céntimos.
Año I.—NÚMERO 36
25 Octubre 1925



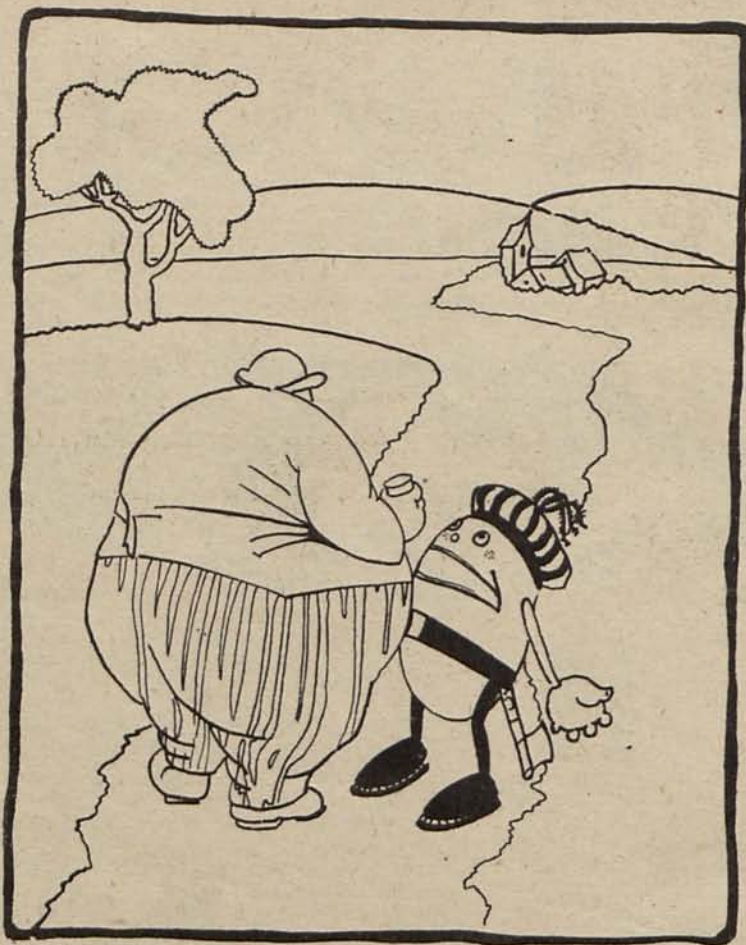
EN UNA REGADERA DE AGUA LLENA
ECHO PINOCHO AZUCAR MUY MORENA

Y ASI TODOS LOS DIAS RIEGA UFAÑO
EL HUERTO QUE POSEE EN PUERTOLLANO

DESPUES DE TANTO RIEGO, ES NATURAL,
QUE DE FRUTOS ENORMES EL PERAL,

Y A CAUSA DE AQUEL DULCE RIEGO NOTA
¡QUE HAN SALIDO LAS PERAS EN COMPOTA!

CONCURSO DE COLORIDO



**VÉANSE LAS CONDICIONES GENERALES DE LOS CONCURSOS
PUBLICADAS EN OTRO LUGAR DE ESTE NÚMERO**

CURiosIDADES

LOS GRANDES FAROS

Hay muchos lugares donde los buques corren un riesgo inconcebible. Escollos, rocas, acantilados, bancos de arena, etc., etc., ofrecen a los navegantes posibilidades de naufragar. Si algo no les advierte la proximidad de aquellos peligros, es seguro el hundimiento y pérdida de un buque. Para ello el hombre ha construido potentes, enormes faros, bien en tierra firme, bien sobre una roca, en el mar, bien en la arena. Puede suponerse de antemano las grandes dificultades que ofrecen la construcción de estos faros si hemos de asentarlos en una roca aislada, y más aún, si hemos de enclavarlo en la arena. En esta última, sobre todo, el trabajo es enorme, ya que para obtener una base firme, sólida, en terreno movedizo, hay que emplear una gran cantidad de maderos, que hay que hundir, hasta tocar con tierra dura, en una materia por demás refractaria.

Los obreros que construyen estos faros son hombres hábiles y arriesgados, que pronto darían fin a su tarea si el mar, bravo en estos lugares, se lo permitiera. En cierta ocasión, los trabajadores que construían un faro no pudieron operar en un año más que el exiguo tiempo de treinta horas. El gran faro de Bell Rock, en Escocia, se asienta en una roca expuesta a un mar inclemente y tempestuoso. Al comenzar los trabajos para la construcción de este faro, sólo dos hombres, corriendo un riesgo enorme, podían trabajar a la vez, pues el escaso espacio de la roca no permitía más obreros. En esa roca, agachándose a cada momento para dar paso a las olas, los dos hombres, con muchísimo esfuerzo, estirparon las algas marinas que había en la piedra, y después, con más dificultad aún, abrieron unos agujeros profundos para dar asiento en ellos a una fuerte columna de hierro, que había de sostener después una gran plataforma. Así comenzaron las primeras operaciones. Saltaban las olas por encima de estos obreros, los cuales habían de asirse a la roca fuertemente si no querían caer al mar. Cuando se construyó el primer faro de Eddystone se emplearon cuatro años en hacer doce agujeros en la roca.

Pero estas primeras operaciones no son, ciertamente, las de mayor dificultad y peligro. El trabajo, fortísimo, denodado, comienza

después. Al principio se trata de limpiar una roca, de abrir en ésta pacientemente unos agujeros; pero después hay que llevar al lugar destinado materiales de considerable grandor y maquinarias y hombres. La construcción más famosa, en cuanto a faros, fué la de Beachy Head, en el Sur de Inglaterra. En otros tiempos había en lo alto del acantilado una gran farola; pero en noches de niebla la farola no cumplía su cometido. Estaba muy alta y los navegantes no podían distinguirla. Por ello se decidió construir un faro al pie del acantilado, mar adentro. La primera operación, por demás difícil, fué abrir un gran agujero en el fondo del mar; luego, aprovechando la marea baja, construyeron alrededor de este agujero un muro alto y grueso. De esta forma podían trabajar tranquilamente dentro de este recinto hasta que subía la marea. Inmediatamente, y al lado de este muro, hicieron una plataforma a manera de muelle, que les servía de taller. Además, tendieron unos cables para transportar por ellos, en vagonetas, obreros y materiales. Era esto, como puede suponerse, un ferrocarril aéreo de suma solidez, que hubiera resistido un peso de más de cien toneladas. Cada vagoneta transportaba a doce hombres, y en estas mismas vagonetas iban los enormes bloques de granito, procedentes de Cornualles, que habían sido cortados, previamente, ajustados y montados en tierra. Llegados los bloques a su lugar de destino, y numeradas sus piezas, no quedaba otro trabajo que ajustarlas nuevamente en el orden convenido.

Este gran faro, aislado en el mar, que irradia su potente luz a una distancia enorme, tiene un grueso de quince metros, y hasta llegar a una altura considerable, no es más que una gran masa granítica. Ocho pisos se elevan sobre este sólido pedestal. En el primero se halla la puerta de entrada; en los otros dos, almacenes, habitaciones y dormitorios; en el cuarto se atiende a la limpieza y arreglo de la lámpara, y encima de todos, haciendo el octavo piso, se asienta la luz, que proyecta sus haces sobre el mar, girando continuamente, a fin de hacerse visible desde los cuatro puntos cardinales.



EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA POR E. SALGARÍ

(Continuación.)

—En cuanto a nosotros..., haremos que los ingleses se den cuenta de su error, al querernos enemigos a toda costa. ¡Cuidado, hemos llegado a la boca del camino subterráneo!

Una pálida claridad aparecía a través de una hendidura que parecía cortar las tinieblas. Los fugitivos se acercaron a ella, y Sir William pudo ver que se trataba de un espacio libre entre dos rocas, unidas de modo que formaban un pasaje casi invisible desde fuera, pero en realidad suficiente para cualquiera persona.

El barón de Clairmont y el corsario salieron los primeros y se encontraron en la orilla del Champlain, en medio de una espesura de abedules enanos, cuyas descubiertas raíces estaban aprisionadas por el hielo. Frente a ellos se destacaba el castillo en toda su amplitud sobre el fondo gris del cielo, y a sus oídos llegaban los clamorosos gritos de los invasores, ebrios sin duda de la fácil victoria obtenida.

Los dos hombres miraron en torno suyo, cautos y atentos, y permanecieron por algunos instantes en expectativa.

—¡Nada... nadiel —dijo Sir William Mac-Lellan—. Evidentemente todos los ingleses se han encerrado en vuestro castillo.

—Que no tardará en servirles de tumba —repuso el barón de Clairmont con burlona sonrisa—. Ellos han destruido la quietud, la dicha de que gozaba en mi soledad, y yo les correspondo como se merecen. ¡Llamad a todos, Sir! Es justo que todos disfruten de la sorpresa que les he preparado.

No tardaron los demás en salir, agrupándose en torno al noble anciano, rígido e inmóvil, con los ojos terriblemente fijos en su querido hogar abandonado, como esperando un extraordinario acontecimiento.

Pocos minutos de silenciosa expectación transcurrieron. De repente, una llamarada monstruosa se elevó en el aire, enrojeciéndolo; una explosión comparable al estampido de centenares de cañones simultáneamente disparados, sacudió con violencia las capas aéreas, estalló a lo lejos, y vieron multitud de puntos negros, más o menos grandes, lanzados al espacio en todas direcciones, para caer después en una lluvia de fuego, de hierro, de astillas, de pedruscos. Parecía como si el peñasco sobre el cual se alzaba el castillo se hubiera encendido en un cráter espantoso, en virtud de uno de esos fenómenos telúricos que ninguna fuerza humana puede evitar, para librarse satánicamente de aquel peso que la mano del hombre le había impuesto.

Un grito unánime salió de las gargantas de nuestros amigos a la vista de aquel espectáculo.

—¡El castillo volado!...

—¡Es horrible!... ¡Es horrible!...

—¿Pero cómo se explica?...

—¡Inceses estar calientes ahora —observó Ulric, frotándose alegremente las manos—. Nunca fisto un tan crande asado te inceses, no es fertat, hermano Wolf?

—Sí —respondió el aludido.

—¡Lástima no estar aquí también maestro Capesa de Pietra! El sacar fuera todos sus campanarios, y después ensenter su fieja pipa con un tisón inclés.

Sir William permaneció como petrificado, sin poder precisar bien si en su estupor había más angustia que satisfacción.

—¡Ah, señor barón! —pudo decir al fin—; sois un hombre tremendo, sabéis preparar sorpresas que espantan a hombres avezados a todos los peligros, a todas las emociones, como somos nosotros, los corsarios de las Bermudas. Con un solo golpe habéis aniquilado a todos vuestros actuales enemigos... Y uno de ellos, su jefe, era ¡ay!, hermano mío.

—Era indigno de vos, Sir, y la justicia de Dios ha castigado por mi mano todas sus malas acciones.

—¡Ah, qué terribles vicisitudes ofrece la vida!... Tenía un hermano a quien hubiera amado como saben amar los hombres que en la contemplación de libres horizontes, de los cielos más vastos, de los océanos más azules, entre la soledad y la nostalgia enternecen su corazón y elevan el espíritu a los sentimientos más dulces... Y me vi, por el contrario, forzado a odiarlo, porque minaba de continuo mi felicidad, porque buscaba incansable mi deshonor y mi muerte. Pero en este momento, ante su trágico destino, mi rencor se derrite como la nieve bajo los rayos del sol, para desaparecer y enternecerse en el perdón, en el pesar y en el llanto. ¡Sí..., porque

vedlo: yo, el corsario, el hombre fuerte y a prueba de emociones, lloro como una mujercilla... y siento el corazón oprimido por extraña pesadumbre!

El barón callaba, acariciando maquinalmente la cabeza de su fiel perro, que uno de los algonquinos se cuidó de sacar del castillo al emprender la huida.

—Sir William —dijo el abate Rivoire—, vuestros sentimientos son dignos de un buen cristiano y de un alma noble. Dios lo tendrá en cuenta para concederos la felicidad que tan bien merecéis.

El corsario hizo un gesto de cortés protesta y dijo con resolución:

—Si nada os detiene aquí, tratemos de llegar cuanto antes a la corbeta. De seguro que a las damas no les parecerá mal un camarote bien resguardado para reponerse de las emociones sufridas y estar al abrigo del frío, que corta como una navaja barbera. Además, debo llevar la tranquilidad a mis marineros, que estarán ansiosos desde que han visto saltar el castillo por los aires.

—Reanudemos, pues, la marcha —dijo el barón—. Pronto estaremos allí.

Todos se pusieron de nuevo en camino.

—¿De modo que el castillo estaba minado? —preguntó Sir William al señor de Clairmont, camino haciendo.

—Sí, amigo mío, como lo estaba asimismo el paso que unía la isleta en que se alzaba a la orilla —repuso el anciano caballero—. Ya hace algún tiempo que abrigaba el presentimiento de que los ingleses no tolerarían en lo sucesivo mi presencia en el Champlain, y quise prevenirme, si no para la salvación, para la venganza.

El resto del camino permanecieron silenciosos; todos experimentaban la necesidad de reconcentrarse en sí mismos para poner orden en sus ideas, para reflexionar.

Cuando llegaron a la corbeta encontraron en el puente a todos los corsarios, excitadísimos, mientras el señor Howard, lugarteniente de Sir William, observaba vigilante una operación singular: la ejecución de un hombre.

—¡Por San Patrick, señor Howard! —gritó Mac-Lellan adelantándose hasta la mura de estribor—, ¿qué diablos estáis haciendo?

—¿Vos, mi comandante? —exclamó el teniente, en tanto que una explosión de vitores saludaba por parte de los marineros el regreso de su capitán—. ¿Luego estáis sano y salvo?

—Ya lo estáis viendo.

—¡Dios sea loadol... ¿Pero la voladura del castillo?...

—Provocada por nosotros.

—Perfectísimamente.

—Arrojad una escala.

—Ya está.

Subieron todos a bordo, e inmediatamente el señor Howard condujo a las señoras al castillo de popa, para indicarles sus camarotes. Sir William y los otros quedaron en la toldilla.

—¿Hay algo nuevo? —preguntó aquél a un contramaestre timonel.

—No, comandante —repuso el lobo de mar—, salvo aquella cosa.

Y, extendiendo el brazo, indicó uno de los pendones de maestra, del cual pendía una forma oscura que tenía el aspecto de un cuerpo humano.

—¡Un ahorcadol... —exclamó Sir William.

—Sí, comandante.

—¿Y quién es?

—El preso.

—¿El piloto?

—Eso es.

—Me explicarás cómo se ha podido transgredir mis órdenes e infringir la disciplina, ejecutando en ausencia mía a un hombre a quien yo no había condenado.

El contramaestre no sabía qué contestar.

—Comandante, —dijo por fin—; castigados a todos, pues todos somos culpables... Pero, ¿qué queréis? Cuando oímos la explosión del castillo, donde sabíamos que estabais vos, creímos que todo era obra de esos perros de ingleses, y se apoderó de nosotros tal furor, que para vengaros en alguien, cogimos al piloto y lo pendimos de aquella entena, pues en realidad el culpable de vuestra supuesta muerte había sido él al traicionarnos. ¡Estábamos verdaderamente desesperados, creyéndolos muertos! El señor Howard se resistía, por-

que esperaba volver a veros, y juraba y perjuraba que un hombre como vos no podía morir tan estúpidamente... ¡Y tenía razón, mil bombas!... Ahora ya sabéis tanto como yo. Os hemos desobedecido porque os queremos demasiado bien..., pero la disciplina es siempre la disciplina.

Sir William guardó silencio, y reflexionó abstraído.

—¡Qué hombres!... —murmuró al cabo, suspirando. Y en voz alta añadió:

—¿Ha muerto ya el desventurado?

—Ya lo creo, mi comandante; a estas horas viaja hacia el reino de su compadre Belcebú.

—Pues ordena que metan su cadáver en un saco y que abran luego un agujero en el hielo para que el pobre diablo repose en paz en el fondo del lago. Es necesario olvidar..., y no quiero ver nada que despierte mi memoria.

—Se hará en seguida como lo mandáis, comandante —respondió el lobo de mar alejándose con rapidez.

—Descendamos al cuarto —dijo el barón, dirigiéndose a quienes ahora tocaba ser huéspedes suyos—. Tenemos verdadera necesidad de paz para el espíritu y reposo para el cuerpo.

Todos le siguieron en silencio.

El resto de aquella noche infernal transcurrió sin incidentes, así como gran parte del siguiente día.

En las primeras horas de la mañana, Enrique de Clairmont había abandonado la nave, en compañía de una escolta de algonquinos y provisto de una carta de Sir William para Washington, poniéndose en camino para llegar cuanto antes al cuartel general del dictador de la nueva República.

El barón y sus amigos estaban en el puente con las señoras, cuando un centinela apostado en el velacho gritó con la bocina:

—¡Alerta, patrulla a la vista!

—¿Indios o europeos? —preguntó a su vez el corsario empleando la bocina.

—Aún no puedo distinguirlo.

—¡Fíjate bien!

—Ya lo estoy haciendo.

—¿Vienen hacia acá?

—Sí.

—Probablemente se trata de Cabeza de Piedra, que vuelve.

—En efecto, a su vanguardia me parece reconocer ya hombres blancos. Pero...

—Acaba.

—Creo ver... ¡Por un millón de fragatas, comandante, en guardia!

—¿Qué es ello?

—Es que...

—Que son ingleses en carne y hueso. Mirad su enseña... ¡Si se abriera el hielo y se los tragara a todos...!

—¿Estás seguro?

—Ya no me cabe duda. Tengo una vista excelente.

—¿Cuántos serán?

—Lo menos doscientos.

—¿Soldados?

—Soldados y marineros, ahora los distingo mejor. Vienen todos armados y con bayoneta calada, como para una carga.

—¡Por San Patrick...! ¡Y Cabeza de Piedra sin dar señales de vida! —dijo Sir Mac-Lellan—. ¿Le habrá sucedido alguna desgracia, como vos temíais, señor barón? Es evidente que desde algún barco de Burgoyne han oído la enorme explosión de esta noche, y han enviado un destacamento para que se entere de lo ocurrido.

—Eso creo yo también.

—Entonces los tendremos pronto encima; pero ahora no me dan gran cuidado. Mi navío es sólido como una fortaleza flotante, con un cerco de cañones y bastantes culebrinas y espingardas de fácil transporte, capaces de tener a raya a un ejército. No me faltan tampoco fusiles y municiones..., y estoy bastante tranquilo.

—Sin embargo, no es cosa muy amena luchar a cada momento cuando se han de defender seres que nos son queridos.

—Soy de vuestro parecer, señor barón; pero estamos en plena guerra, y como en el baile, hay que bailar.

Trataremos entonces de mantener la fama de la... escuela francesa, si bien mis cabellos blancos no me permiten hacerme ilusiones... ¡Ja, ja...!

Mac-Lellan celebró a su vez la chanza alusiva, y dijo:

Permitidme; voy a preparar a mis hombres a fin de que reciban dignamente esta nueva visita...

—Como gustéis.

—¡Todos al puente...! —gritó con voz de trueno el corsario.

Al oír la llamada, toda la tripulación, con el teniente Howard a la cabeza, vino a alinearse a lo largo de la mura, armada de mosquetes, pistolas y machetes de abordaje.

—¡Mis bravos! —les arengó Sir William—, una columna de ingleses está a la vista y se encamina hacia aquí, seguramente con intención de atacarnos. Yo os conozco bien por haberos probado en cien arriesgadas empresas, de las cuales supisteis salir a mi lado con honor. Espero, pues, que también hoy sabréis estar a la altura de vuestra fama.

—¡Viva Sir William! ¡Viva el corsario de las Bermudas! —vociferó entusiasmada la tripulación—. ¡Mueran los ingleses...!

—Gracias, amigos míos; y ahora, cada cual a su puesto. Los fusileros, detrás de la mura; los artilleros, a sus piezas. Haced fuego a la voz de mando y sin desperdiciar las municiones.

Los hombres de mar, a quienes se unieron los fugitivos del castillo, se apresuraron a obedecer. Petifoque y los demás hessianos pusieronse juntos, colocando a su lado una docena de mosquetes y un montón de pistolas cargadas, con el intento de hacer fuego continuo y regularmente. Detrás de ellos, tres algonquinos tenían por misión volver a cargar las armas a medida que nuestros tres amigos se hubieran servido de ellas.

La espera no fué larga. De improviso, la cabeza de la columna

inglesa surgió próxima a la nave. Sir William, que espiaba su llegada, palideció a su vista, y con su mano férrea apretó el brazo del barón, que junto a él estaba.

—Amigo mío —murmuró—, ¿sabéis quién manda esa tropa?

—No.

—Os lo diré yo... ¡El marqués de Halifax!

—¡Diablo! ¡Pues tiene el alma bien agarrada al cuerpo, y sin duda le protege algún demonio, según es de afortunado!

—Y yo que había vertido piadosas lágrimas por su muerte...! Vedlo, por el contrario, aún frente a nosotros, más que nunca furioso y ardiendo en odio contra mí. Pero basta; os juro que todo escúpulo se extinguió en mí, y que he de hacer cuanto pueda por matarlo como a un perro hidrófobo.

—Y yo os ayudaré, Sir.

La conversación fué interrumpida por la proximidad de tres soldados ingleses, uno de los cuales llevaba en la bayoneta una bandera blanca de parlamento, y de un oficial. La pequeña patrulla detúvose, formando frente a la corbeta. El oficial, con sus tres hombres, acercóse al buque, hasta donde creyó que su voz sería oída, y gritó:

—Solicito hablar con el comandante de este navío.

—Yo soy —respondió el corsario.

—¿Queríais decirme vuestro nombre?

—No tengo motivos para ocultároslo, caballero; soy el barón William Mac-Lellan.

—Entonces, Sir, sois el que buscó.

—¿Tenéis algo que decirme?

—Nada de parte mía; pero sí algo de parte del marqués de Halifax, mi comandante.

—¡Oh, oh!... ¿Se ha salvado, pues, mi digno hermano?

—Sí, se ha salvado, Sir, y por un verdadero milagro...

—¿Sabéis que tienen un pésimo gusto hoy día los hacedores de milagros?

—Sir: el marqués de Halifax se ha salvado de la explosión que ha destruido el castillo de Clairmont, dejando a todos los suyos bajo las humeantes ruinas. El ha intentado llegar a pie a uno de nuestros buques, y ha tenido la fortuna de encontrarnos cuando veníamos a buscarle, inquietos al oír la explosión. Ahora se encuentra decidido a terminar para siempre el duelo mortal que con vos sostiene, y os propone un encuentro en las siguientes condiciones: vos y él os pondréis frente a frente a una distancia de treinta pasos, señalados por otras tantas pistolas puestas en el suelo a un paso de distancia entre sí; a cada paso cambiaréis un disparo, arrojando la pistola descargada, hasta que uno de los dos muera. ¿Aceptáis?

—Acepto —dijo Sir William con desdén.

El oficial hizo una reverencia y volvió sobre sus pasos.

CAPITULO XXIII

EL REGRESO DE CABEZA DE PIEDRA

Los preparativos de aquel extraño duelo, remate de una tremenda lucha sostenida durante años enteros por hombres en cuyas venas corría la misma sangre, no fueron muy largos. De la parte de los ingleses, algunos soldados llegaron hasta la mitad del espacio que existía entre la corbeta y las tropas adversarias y depositaron en el hielo, separadas un paso, quince pistolas.

Petifoque, los dos hessianos y algunos marineros, desembarcaron a su vez e hicieron la misma operación; de modo que entre la última pistola del marqués de Halifax y la última de Sir William, no quedaba más que un paso de distancia.

El corsario abrazó a Mary de Wentworth, que, para no conmovérselo, hacía titánicos esfuerzos para ocultar su angustia, intentando mostrarse tierna, sí, pero serena y confiada; después, el corsario estrechó la mano de sus amigos y dirigió un saludo a la tripulación.

—Si me ocurriese una desgracia —dijo—, no tratéis de vengarme; un duelo no es un asesinato, y quien vence debe ser respetado, mientras no haya cometido dolor. Tan sólo os ruego que defendáis contra cualquiera insidia, contra todo peligro, a mi querida esposa.

—¡Lo juramos! —respondieron todos conmovidos.

—Gracias, y ahora..., no os digo ¡adiós!, sino, ¡hasta la vista! La razón me asiste, y el Cielo estará conmigo.

Con dulce violencia sustrábase a los brazos de Mary y descendió rápidamente por la escala que pendía de la mura, dirigiéndose con ligero paso a su puesto, cara a su adversario, que ya se había colocado cerca de su primera pistola. Un oficial inglés actuaba de juez de campo; los testigos eran los tripulantes de la corbeta y las tropas inglesas.

—¡Preparados! —dijo de pronto el árbitro—. ¡A las pistolas!

Simultáneamente, Sir William y Halifax se inclinaron, empuñando la culata del arma que había a sus pies.

—¡Apunten!... —mandó el oficial.

Los dos adversarios se apuntaron, con pulso firme, sereno semblante y mirada fija y segura; indiferente la de Sir William; inyectada en odio la del marqués de Halifax. En medio de un silencio lleno de expectación ansiosa se oyó la voz postrera:

—¡Fuego!...

Dos disparos se oyeron, seguidos de dos silbidos agudos a través de las capas aéreas. Los adversarios continuaron rígidos e inmóviles. Ninguno de ellos había sido tocado.

—¡Adelante!... —dijo tras breve pausa el oficial; y cuando los dos encarnizados enemigos hubieron avanzado un paso, repitió las órdenes,

(Continuará en el número próximo.)

PINOCHO DEPORTISTA

FIGURAS DEL DEPORTE

Antonio Ruiz, el formidable golpeador.

Mis buenos amigos Pinochistas: Cuando leáis estas líneas ya poco faltará para que se celebre el combate entre el boxeador madrileño Antonio Ruiz y el belga Hebrans, para disputarse el título de campeón europeo de pesos pluma. Nuestro compatriota estaba próximo a aspirar a ser campeón de Europa. Sea cual fuere el resultado de este encuentro, el hecho es que Ruiz, el modesto muchacho que comenzó a boxear en Madrid, en modesto local cual es el *cine del Angel*, escondido en un rincón de una barriada tan tradicional como popular, entre trescientos espectadores mal contados, a estas horas ha aspirado a ser campeón de Europa, y en una categoría tan poblada de primeras figuras (Criqui, Sedoux, Mascuit, Routis, en Francia solamente) cual es la del peso pluma.

Yo, a grandes rasgos, mis pequeños amiguitos, voy a deciros quién es Ruiz, cómo vive, cómo se entrena y cuáles son sus aspiraciones.

Ruiz es hijo de padres humildes, castellanos, pues son oriundos de Tarancón (Cuenca). Ruiz fué, como todos sus antecesores, un obrero honrado y pobre, pues sus faenas eran rudas y no siempre bien retribuidas.

Ruiz se marchó a Barcelona, la bella y laboriosa capital de Cataluña, cuna de casi todos los deportes, especialmente del boxeo. Asistió una noche a una velada pugilística y sintió deseos de practicar tan viril como violento deporte, y comenzó su entrenamiento.

Sus aprendizajes fueron rudos y penosos; pero al fin salió a combatir, y, realmente, su primera actuación no fué muy lucida.

Se notó, sin embargo, que en Ruiz había la primera materia para ser boxeador: esto es, complexión muscular y resistencia física. Siguió nuestro hombre sus trabajos de entreno y siguió haciendo algunos combates, venciendo en todos ellos.

Por aquel entonces, en Madrid surgía muy modestamente, pero por buen camino encauzada, la afición al boxeo, y se supo, con la natural complacencia, que en Barcelona había un madrileño que prometía mucho, y como ya sabéis que el deporte exalta los sentimientos de patria chica —algunas veces hasta perniciosamente—, los madrileños vieron en Ruiz a «su boxeador».

Vino el muchacho a la corte, y me parece recordar que hizo su primer combate con Martínez, al que derrotó de una manera tan lucida como rápida.

El que desde estas líneas os habla atendía la sección deportiva de un diario cortesano, y señaló con un poco de audacia y un mucho de convicción que en aquel muchacho había un campeón, pues si realmente su técnica no era preciosa, sus condiciones de gran resistencia y de golpeador excepcional podrían hacer de él una primera figura con características de la escuela americana; esto es, de gran acometividad y resistencia.

Ruiz siguió su carrera profesional, tropezando con serios obstáculos, como es natural, pues fué derrotado en París por puntos, por Dastillon, al que más tarde, no mucho más, él derribó al tercer asalto.

El más serio es el que se le presentó recientemente en Barcelona al ser derrotado y desposeído de su título por Young Ciclone.

Pero no muy clara esta derrota, la I. B. U. (Internacional Boxing Unión) ha concedido a Ruiz aspirar al título europeo sin tener antes necesidad de recobrar el nacional, por el que volverá a la mayor brevedad.

Ruiz se entrena en el campo, en un lugar solitario de Vallecas (pueblo), con una asiduidad concienzuda, digna de la más alta recompensa, y aspira, nada menos, que a ser campeón del mundo.

Cuando leáis estas líneas poco faltará para que el valleciano se juegue su carta decisiva.

Por incomparecencia del «Real Pinocho», se le adjudican los puntos al «Deportivo Pinocho».

La disciplina deportiva es necesaria e inviolable cuando se tra-



ta de llevar a cabo una competición de la importancia del Torneo Pinocho.

Un bando —el «Real Pinocho»— faltó a ella por omisión, y fué ésta la causa de que se le castigase de una forma sensible, pero necesaria.

Citados ambos equipos para jugar el domingo correspondiente la continuación del partido cuyo primer tiempo se jugó el domingo anterior, el «Real Pinocho» tuvo a bien no comparecer.

A la hora señalada, se alineó el equipo contrario y metió un tanto. Acto seguido se levantó acta de lo ocurrido, y, como es natural, se le adjudicó la victoria al «Deportivo Pinocho».

Esto es todo lo ocurrido. La comisión organizadora del Torneo es la primera en lamentar el haber tenido que tomar esta medida radical, pero necesaria.

Dux.

MALAGA

Día 27 de septiembre.

Celebróse en el campo de los Baños del Carmen un encuentro entre los equipos «Málaga F. C.» y «F. C. Malagueño», siendo el resultado de 4 a 0, favorable al «Málaga».

En su totalidad, el partido careció de interés; a veces el juego se hizo interesante; pero como fueron escasas esas veces, se puede asegurar que el juego estuvo aburrido.

Sobresalieron por sus jugadas Vicario, Poy, Porra y Trespalcacios, por el «Malagueño»; Casado, Huelin, Fernández y Vides por el «Málaga».

El árbitro, D. Angel García, estuvo imparcial.

Melenitas.

BETANZOS

Se celebró un interesantísimo encuentro de fútbol entre los equipos «Betanzos F. C.», de esta localidad, y «Atlético», reforzado, de la Coruña. En el primer tiempo, los atletas consiguen su único tanto, dominando los betanceros, que están muy desafortunados en el «choot». En el segundo, dominan igualmente los betanceros, consiguiendo marcar dos tantos.

Terminó el partido con la victoria de los brigantinos, por 2 a 0.

Se distinguieron, por el «Betanzos F. C.», todos, y por el «Atlético», Alonso, Santiago y el medio centro. El público, correctísimo. El árbitro, bien.

MIGUEL y JOSÉ ALGUERO.
(Corresponsales.)

□ □ □

Se celebró en Santander un partido entre el «Sporting» de Gijón y el «Racing» de la localidad; por el «Sporting» se alinearon:

Amadeo; Germán, Cuesta; Bango, Meana, Corsino; Bolado, Arcadio, Herrera, Domingo y Argüelles.

Y por el «Racing»:
Raba; Santiuste, Naveda; Mazarrasa, Cholo, Balaguer; Torón, Sierra, Oscar, Ateca y Amós.

Terminó el partido con la victoria del «Racing» por 3-1.

Los «goals» del «Racing» los marcaron: el primero, Ateca; el segundo, Amós, de un «chut» raso, y el tercero, Oscar, en un «córner».

El tanto del «Sporting» lo marcó Meana, de un «chut» raso, en el primer tiempo, a los treinta y dos minutos de juego.

Por el «Racing» sobresalió Raba, que hizo paradas colosales; Santiuste y Naveda cumplieron, y de los medios, Mazarrasa; del «Sporting», Amadeo y Meana.

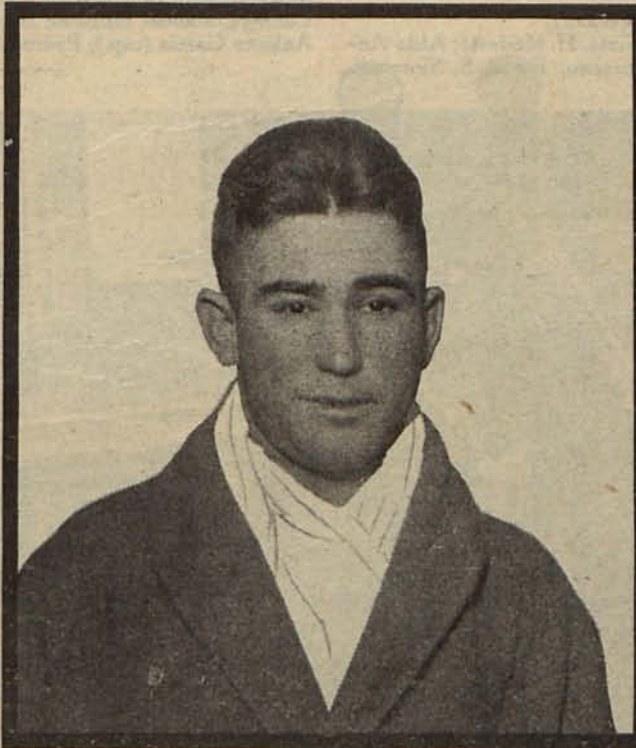
La conducta del público fué antideportiva, y en parte fué la causa del resultado, pues abucheó continuamente a los del «Sporting», restándoles ánimos.

L. LOMO.

NAVALMORAL

Con motivo de la feria y ante numeroso público se jugaron dos partidos de fútbol, los días 28 y 29, entre los primeros equipos del «Sporting Nacional», de Madrid, y nuestro «Moralo».

El primer día ganaron los madrileños por 5-0; el segundo, por 2-4. Estas victorias se deben a falta de jugadores que están ausentes, por lo cual tuvieron que jugar equipistas que casi no saben jugar.



Antonio Ruiz, célebre boxeador español.

(Foto. ALVARO.)

El primer partido estuvo muy desanimado, pero en el segundo, que fué reforzado, hubo mucha animación.

El primer «goal», hecho por los «Moralos» a los del «Sporting Nacional», fué el siguiente: el medio centro se apodera del esférico, éste pasa al delantero centro, luego pasa a los defensas, pero se les va un poco retirado de los pies, y entonces el portero y el delantero centro salen corriendo por el balón, chocan, caen de mala manera, y el interior derecha «chuta» y entra el balón en la red.

El público protestó mucho porque el «réferee» iba en contra de los «Moralos».

FELIPE LUENGO.

En Buenos Aires sigue triunfando «Pinocho».

«Pinocho A», 2; «Estudiantes Juniors», 1.

«Pinocho» formó así:

A. Lucarelli; J. Bareus, J. Inzua; A. Marini, G. Dacal, R. Lagarde; J. Linari, A. Artigas, E. Solano, V. Lagarde, G. Lucarelli.

A los diez y ocho minutos, Jerónimo Dacal, en un entrevero frente al arco contrario, bate al arquero contrario.

A los dos minutos del segundo tiempo, José Bareus incurre en «hans» dentro del área penal; Ferreira, mediante un tiro fuerte y alto, iguala posiciones.

A los veintitrés minutos, V. Lagarde tira al arco fuertemente; el arquero contrario rechaza, y José Linari, que se hallaba a la expectativa, con un tiro corto da a «Pinocho» el triunfo.

«Pinocho B», 3; «Estudiantes Juniors», 2.

«Pinocho» formó así:

Rey; Rostey, Delgado; Brurza, Tovecioni, Martínez; Vignoli, Berico, Condarco, Torres, Carri.

Marcaron los «goals»: Berico, 2; Condáreo, 1.

«Wanderers», 3; «Defensores del Obrero», 1.

«Wanderers» formó así: C. Moro; J. Sixto, H. Modesto; Aldo Anselmi, F. Joaquín, L. Biderman; J. Tozcano, Ferro, S. Siorciani, P. Coy, A. Simón.

Marcaron los «goals»: Sabino Siorciani, 2; A. Simón, 1.

Notas del fútbol argentino.

En la ciudad de Buenos Aires se calcula que hay dos mil «clubs» de fútbol, y si se tiene en cuenta que cada «club» tiene, por lo general, tres equipos, da un total de seis mil cuadros, o sean sesenta mil jugadores.

El «club» argentino que posee más dinero es «San Isidro»; posee un capital de un millón de pesos, o sean tres millones de pesetas.

El «club» que cuenta con más socios es «Riber Plate»; tiene cuatro mil quinientos socios.

Luis Monti es considerado hoy por hoy como el más completo «centre haf» argentino; le siguen luego Zumelzú, Faggrani y García.

El «Racing» es el candidato más seguro para el campeonato de la Asociación de «Amateurs», aunque los «clubs» «Platence» y «San Lorenzo» amenazan también.

La campaña que realizó «Boca Juniors» por Europa se considera como mediocre.

El campeonato de fútbol en Sudamérica se realizará en Buenos Aires, en breve.

FÉLIX ZANEWAR.

(Corresponsal.)



Bearzoti, futbolista argentino.

(Dibujo de ANSELMO ANSELMI.)

Más equipos Pinochistas.

Recientemente se ha formado un bando Pinochista en Alfaro, integrado por los siguientes jugadores: Robles; Justo, Narciso; Bolele, Teodoro, Manuel; Carranza, Leopoldo, Ovidio, Ramón, Reverter.

En Santiago se ha formado otro equipo, que, según nuestras noticias, es algo; ¡pero que muy serio!

En Buenos Aires se ha formado otro bando Pinochista, así: Aurelio Degregari; Luis Martínez, Rafael Rubiay; José Rubiay, Andrés Calonge, Manuel Millares; Nicolás Guardami, Alfredo Degregari, Aniceto García (cap.), Pedro Coto, Arsenio Tagliani.



Los reyes del abismo.

Con frecuencia se dice que el vértigo no se puede evitar; nada más incierto. El vértigo se evita mediante una educación adecuada. Ved a Johnny Reynolds en la cornisa del tejado del Hotel Moalpin, de Nueva York, haciendo ejercicios de equilibrio. El edificio tiene treinta pisos y una altura total de ciento treinta y dos metros.

LOS RATONES VANIDOSOS

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES



Hace ya mucho tiempo, tanto, que se me ha olvidado la fecha fija, vivía en lejano país un matrimonio de ratoncitos que tenía una hija, blanca como la leche y bella como un sol. Era, sin duda alguna, la más hermosa ratita de toda la comarca.

Sus padres gozaban de cierto bienestar económico, y esto les permitía satisfacer todos los caprichos de la pequeña; las mejores golosinas, los más lindos brazaletes, los más valiosos collares, todo, en fin, lo que se le antojaba tenía.

Habitaban un hermoso agujero, dentro del palacio de un marqués, cercano a la bien provista despensa, y así podían fácilmente avituallarse de los manjares más selectos y de las bebidas más costosas.

Cuando la ratita llegó a esa edad en que las mujeres empiezan a presumir, sus padres, locos de entusiasmo por ella, pensaron que estaba mal que durmiese en aquel agujero, situado a un extremo de la casa. Y para concederle los honores que por su rango de hermosura merecía, discurrieron que debía tener su habitación en el mismo dormitorio de la marquesa.

Dicho y hecho, avisaron varias brigadas de menudos ratonzuelos, y en menos de una semana abrieron una galería que iba hasta la alcoba de la dueña de la casa; y allí, bajo la misma cama, construyeron una linda habitacioncita.

Luego, el feliz matrimonio, no contento con esto, se dió a cavilar.

—Es necesario que pensemos en la boda de nuestra hija —decía la madre—, pues ya está en edad de casarse.

—Tienes razón —respondía el padre—, que, como buen marido, se adaptaba siempre a lo que decía su mujer.

Pasaron muchos meses discutiendo con quién y cómo

la casarían. Pero casarla con un modesto ratoncillo les parecía poco, y en vista de que no encontraban solución, decidieron irse a consultar al ratón más sabio del pueblo.

—Señor ratón —comenzó la madre—, usted conoce a nuestra hija. Ya es mayorcita y debemos casarla. Pero, ¿con quién? ¡Porque usted comprenderá que, con lo guapísima que es, no se la vamos a dar, así, a cualquiera! Además, de que lleva una buena dote. Por

eso venimos a que haga usted el favor de decirnos quién es el ser más poderoso del mundo, para ir a visitarle y ofrecérsela por esposa.

El sabio ratón se quedó un momento pensativo, como los sabios humanos cuando les preguntan algo.

Luego, afianzóse las gafas en las naricillas y se pasó largo rato hojeando gruesos volúmenes.

—El ser más poderoso del mundo es el Sol —pronunció con grave acento—. Pueden ustedes ir a verle.

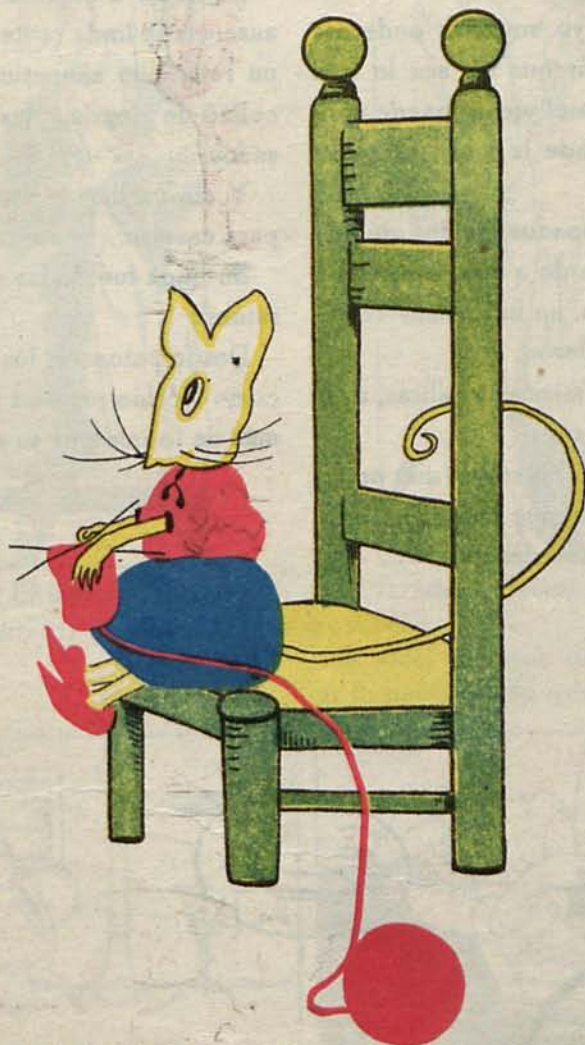
Un poquillo desanimados regresaron a su casa los dos cónyuges. ¡Ahí era nada, ir hasta el Sol! ¡Menudo viaje tendrían que hacer!

Sin embargo, como buenos padres y dispuestos por lo tanto a sacrificarse por la felicidad de su hija, emprendieron el camino, dejando a la ratita al cuidado de

su abuela, con órdenes muy severas, no se la fuesen a comer los gatos de la vecindad.

Anda que te andarás, después de mucho caminar, llegaron hasta donde el astro rey tiene su aposento.

Les recibió afablemente, y aunque a su lado había un calorillo bastante desagradable, los dos viejos no se



percataron de ello, preocupados, ante todo, con la misión que llevaban.

—Señor Sol —comenzó la mujer—. Nosotros vivimos en una espléndida casa, allá, en la Tierra, y tenemos una hija que, al decir de las gentes, es bella como usted mismo. Está ya en edad de casarse y hemos pensado darle por marido, porque se lo merece, al ser más poderoso de la Tierra. Nos han dicho por allí abajo que éste es usted y venimos a ofrecérsela. ¿Quiérete casarse con ella? ¡Además lleva una gran dote, y les dejaríamos las mejores habitaciones de la casa!

El Sol les miró entre compasivo y sonriente.

—Están ustedes equivocados; yo no soy el ser más poderoso de la tierra.

—¿Y quién es, entonces?

—La nube es más poderosa que yo. Cuando ella quiere, intercepta los rayos que yo lanzo y me oculta a la vista de la gente. Deben ir a hacerla a ella esa proposición.

No agradó mucho al ratonil matrimonio la perspectiva de un nuevo paseo; pero considerando que iba en ello la felicidad de su hija, reemprendieron la marcha.

Al encontrarse frente a la nube, le repitieron la misma cantinela que al Sol. La nube sonrió también y les dijo:

—Tiene razón el señor Sol, yo soy más poderosa que él; pero esto no quiere decir que yo sea lo más poderoso de la tierra, puesto que el viento puede conmigo y me lleva y me trae adonde le viene en gana. Háganle al viento esa oferta.

Esta vez quedaron más preocupados los dos viejecitos. ¿Dónde se encontraría el viento a esas horas, con lo tornadizo que es? Pero, en fin, no había más remedio que ir a buscarle y así lo hicieron.

Por tercera vez repitieron las mismas palabras, a las que el viento, resoplando, rectificó:

—Todo eso es verdad, pero yo no soy el más poderoso. El más poderoso es el muro, que impide el paso al Sol, a la nube y a mí. Véanle ustedes a él.

El matrimonio estuvo a punto de desmayarse. Aquello era realmente inconcebible. ¡Con que después de tantas vueltas y revueltas resultaba que tenía que regresar a la tierra en busca del objeto de sus ansias! ¡Si lo hubiesen sabido se hubieran ahorrado dinero y camino!

Y renegando de aquel sabio ratón que tan mal les había dado las señas, volvieron a la tierra y se dirigieron al muro.

—Es cierto —les contestó el muro, orgulloso de su poder—. Ni el sol, ni la nube, ni el viento logran vencerme; pero eso no indica que sea yo lo más poderoso del mundo.

—Pues, ¿quién es el ser que a usted le vence? —gritó a una el matrimonio, creyendo que todo era una burla.

—El ratón, que royendo, royendo, me atraviesa cuantas veces quiere. Así es que yo creo que deben ofrecerle a un ratoncillo la mano de su linda hija —concluyó socarronamente el muro.

Los dos ratones se miraron atónitos. Mas comprendiendo cuánta razón asistía al muro en sus palabras, regresaron a su hogar, avergonzados de su ridícula vanidad.

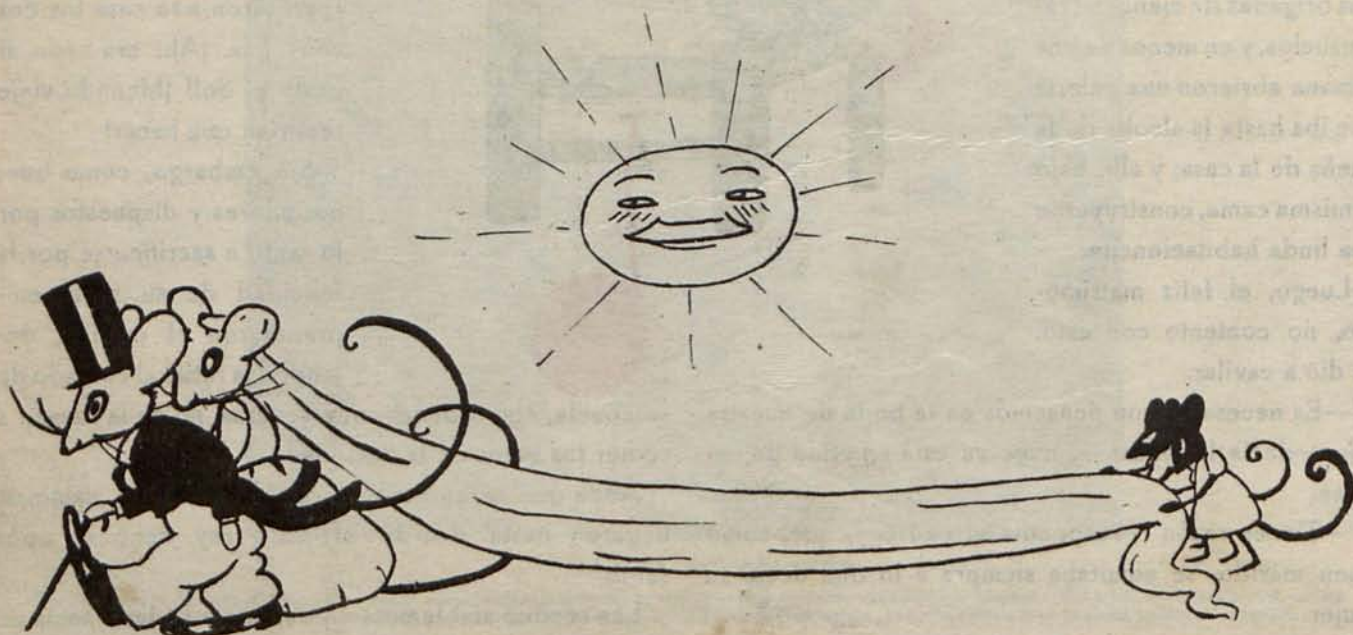
Al llegar a su casa se enteraron de que durante su ausencia la linda ratita había entablado relaciones con un ratoncillo simpaticón y muy trabajador. Esto les colmó de alegría y les hizo olvidar los disgustos pasados.

Y sin vacilar un momento les concedieron permiso para casarse.

Su boda fué de las que dejaron época en la historia ratonil.

Desde entonces, los ratones viejos relatan este caso como lección para las ratitas vanidosas que aspiran a más de lo que por su condición merecen.

FIN



Pinchistes

B U E N O S Y M A L O S

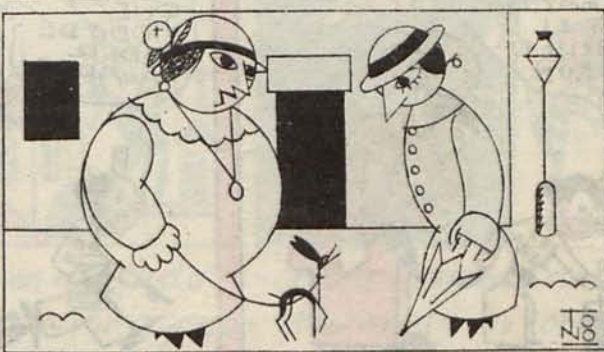


—¡Oye, Cholín! ¿Es verdad que los barcos tienen patas?

—¡Claro, hombre! Para andar.

—¿Y los submarinos?

—También las tienen; pero esos van de rodillas.



—Esta es la raza de perritos de que le hablé. Cuando tenga otro, se lo mandaré a casa.

—Se lo agradeceré, porque precisamente tengo necesidad de regalar un alfiler de corbata.



—¡Ese no es mi gabán! El mío es de pieles.

—Lo siento, señor; pero los de pieles se nos han terminado.

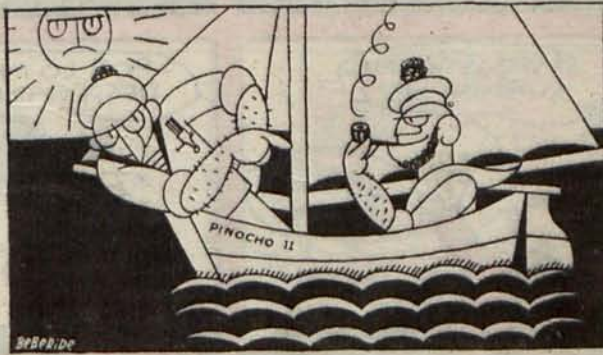


El turista.—Hemos tardado tres horas justas

El guía, mirando al bastón.—Ya, ya, y pensar lo poco que va usted a tardar en bajar...



—¡Ah, granuja! ¡Menudo puntapié te iba a dar si no tuviera las piernas ocupadas!



—¿Qué mar es éste, patrón?

—¿No lo estás viendo? El mar Negro.

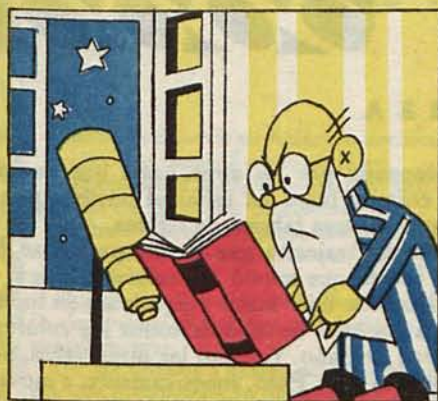
—Pues entonces voy a llenar la estilográfica.



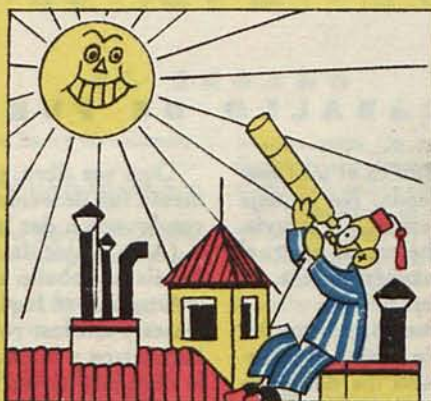
DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



Don Polipasto Pijama sabio inventor de gran fama



*Se dedica noche y día
a estudiar Astronomía*



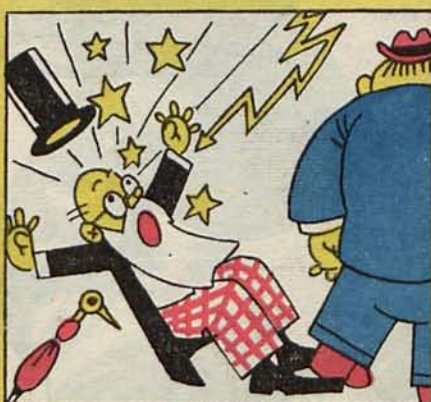
*Si se sube en el tejado
observa al Sol con agrado*



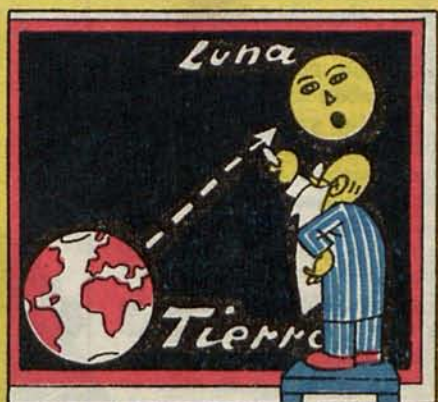
*Pasa semanas completas
observando los cometas*



*Cuando le llega su turno
también observa a Saturno*



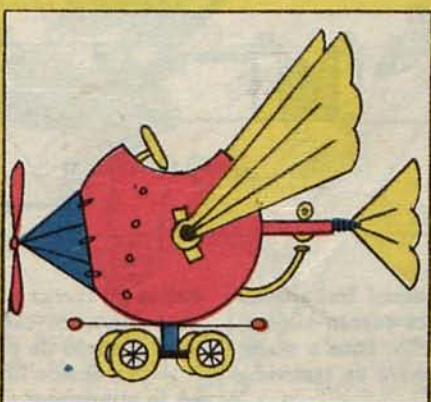
*Y si le pisan un callo
ve las estrellas y el rayo*



*Creyendolo conseguir
a la Luna quiere ir*



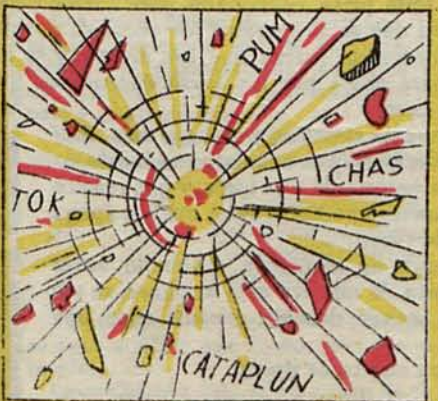
*Y estudia con afición
preparando su invención*



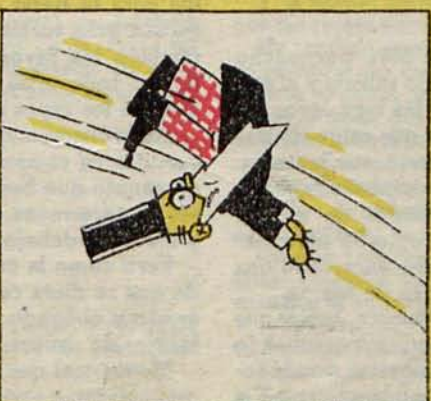
*Construyendo con primor
su aparato volador*



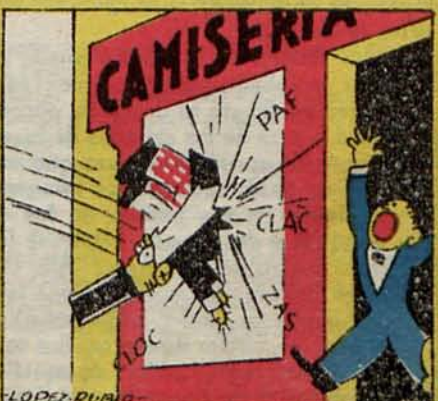
*Al fin todo preparado
al espacio se ha lanzado*



*Mas de pronto ¡Pataplón!
el motor hizo explosión*



*Veloz como un aerolito
va lanzado el pobrecito*



*Y el viaje sin fortuna
al fin termina ¡En la luna!*

HISTORIAS DE ANIMALES

EL CABALLO DE FUERZA

Nadie ha hablado nunca de este animal, que es el más modesto de todos, y eso es una injusticia tremenda. No se deja ver; anda siempre oculto; pero él es el que empuja el tranvía, el que da velocidad al tren, el que nos sube en ascensor, el que, con un salto de agua, da luz a una población entera, en fin, es casi el que da impulso a la vida moderna.

Pues bien: de uno de estos caballos de fuerza, porque los caballos de fuerza son innumerables, os voy a contar la historia, si me escucháis con atención y sin meteros los dedos en las narices.

Pues, señor, éranse cuarenta caballos de fuerza metidos dentro del motor de un automóvil. En cuanto el mecánico tocaba una palanca o daba vueltas a una manivela, los cuarenta caballos, que, como comprendéis, estaban apretadísimos en un sitio tan estrecho, se removían, hacían fuerza, mucha fuerza, empujaban y el automóvil echaba a andar por esas calles de Dios, dispuesto a atropellar a todo el que se pusiera delante.

Este trabajo, al principio, no era muy fatigoso para los cuarenta caballos, porque el automóvil pertenecía a un señorón que sólo lo utilizaba un par de horas por las tardes para darse un paseito. Pero resulta que el señorón se cansó de aquel automóvil y lo cambió por otro, y, entonces, aquél, que estaba ya un poco viejo, fué dedicado a automóvil de alquiler, con su taxímetro correspondiente, ese aparato que es como un reloj cuyos minutos fueran perras gordas.

Entonces sí que el auto corría a todas horas, de un lado para otro, hasta subiendo viajeros y baúles de las estaciones, y los caballos de fuerza estaban cansadísimos de aquel trabajo tan atroz. Cada vez que bajaba la banderita del cuenta-kilómetros, se les ponía la carne de gallina y se decían unos a otros: —¡Vaya! ¡Ha caído otro! ¿Por qué no tomará un tranvía y nos dejará descansar?

Uno de estos cuarenta caballos, que es el protagonista de esta historia, harto de aquel ajetreo, decidió escaparse de la prisión del motor de seis cilindros, y, una noche, por una rendija, se escapó, sin despedirse siquiera de sus treinta y nueve compañeros de fatigas.

¡Viva la libertad!

Pero un caballo de fuerza no puede ser libre por mucho tiempo. Es un caballo que no conoce el estado salvaje y al que cogen en cuanto se descuida, porque los ingenieros están a la caza de los caballos de fuerza que están sin trabajo y los aprovechan para que muevan sus motores.

Y así pasó; cuando más tranquilo estaba el caballo de fuerza y más gozaba de los encantos de la vida tranquila y descansada, ¡zas!, me lo cogieron para meterlo dentro de otro motor. Allí estuvo encerrado una larga temporada, moviendo una fábrica de harina.

Aquello de moler trigo constantemente tenía que aburrir al caballo de fuerza. Así es que, aprovechando el primer descuido, huyó de aquella fábrica, donde todos los obreros tenían la cara llena de blanco, como si fueran payasos de circo.

Otra vez libre, galopando por los aires, hasta que nuevamente fué detenido, como si fuera un criminal terrible, y fué condenado a dar impulso a una fábrica de tejidos.

(A lo mejor, la tela del trajecito que lleváis puesto se la debéis al caballo de fuerza que movió los telares.)

Otra vez se fugó, harto de tejer lanas y algodones de todas clases y fabricar rollos enormes de telas de todos los colores, kilómetros y kilómetros de paño. Y, como las otras veces, no le duró su libertad muchos días. Pasó, sucesivamente, a mover

una gasolinera, un elevador de agua, un tren; una fábrica de alpargatas y un órgano de iglesia.

—¡Qué triste es mi sino!— decía llorando unas lágrimas aceitosas— ¡Siempre dale que dale, trabajando como un animal! Hemos llegado a un momento en que a los hombres les da por aprovechar todos los caballos de fuerza que hay en la tierra... ¡Si yo pudiera escaparme otra vez! ¡Si yo consiguiera uno de esos momentos en que el motor no está bien cerrado y tiene un poco de fuerza aún, que se le va escapando...! Dicen que en la atmósfera hay mucha energía, que nadie utiliza. ¡Qué felices serán allí los caballos de fuerza, sin nadie que les eche el lazo! Serán los verdaderos caballos salvajes; harán lo que quieran, moviendo las estrellas y relinchando con el viento... ¡Si yo tuviera alas para subir allá!

Y la suerte quiso que al caballo de fuerza lo metiesen en el motor de un aeroplano. Cuando el caballo notó que iba por los aires, se dijo:

—Ahora es la mía. Ahora me escapo y me quedo en la atmósfera.

Y se escapó del motor por el escape de gases. Los demás ca-

ballos de fuerza que le vieron irse, se fueron detrás de él. El aeroplano, sin caballos, esto es, sin energía en el motor, se vino al suelo de cabeza.

—¡Ya somos libres!— gritaron los caballos—. ¡Ya estamos en la atmósfera! ¡Ya nadie nos utilizará para trabajar como esclavos! ¡Ya no movemos más que las nubes, que pesan poco y es como soplar vilanos o copos de algodón!... ¡Viva la vengancia!

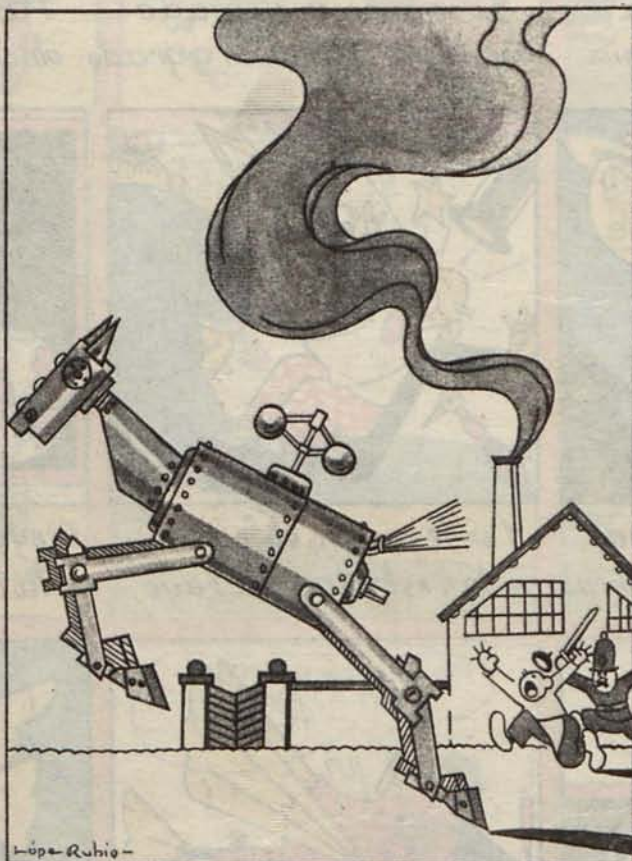
No habían acabado de dar este grito, cuando un rayo, que iba para la tierra a toda prisa, contratado para tomar parte en una gran tormenta que se preparaba, los recogió, porque también los rayos necesitan fuerza que los mueva, y se los llevó a toda prisa para abajo por los zizás encendidos que dibujan los rayos al caer.

Así, volvieron todos los caballos, y algunos más, convertidos en chispa eléctrica, y se asomaron al borde de un canuto que había encima de una torre, y que resultó ser un pararrayos, una trampa para rayos, que los apaga y los mete debajo de tierra.

Pero como la energía no se pierde, el caballo, antes de que se diera cuenta de que era otra vez libre, se vió sujeto y obligado a mover, durante muchos años, una fábrica de azúcar.

Menos mal que era una tarea dulce.

José López Rubio.



EL BARON DE LA CASTAÑA

NUEVAS AVENTURAS

EL ENGAÑO

Cansados de vivir en América, decidimos hacer un viajecito.

—¿Dónde iremos? —pregunté yo.

—Vámonos a Shangay —me contestó la dulce Adelaida, que gustaba de los países revolucionados.

Salimos a Shangay, pero, contra lo que mi esposa esperaba, no se metió nadie con nosotros, pues todo iba contra los ingleses nada más.

Pasamos varios días en la fonda, jugando al *Mah-fongg* con la camarera y un antiguo mandarin de la corte. Pero esto nos aburría mucho.

Un día salimos a pasear por la población. En los dos meses que llevábamos en Shangay, no se nos había ocurrido visitar los monumentos ni las calles más céntricas.

Aquel día, en que el sol chino calentaba menos que de costumbre, nos habíamos alejado poco a poco de la capital Adelaida y yo.

Y no se trataba esta vez de que hubiésemos salido a dar un paseo, no; en esta ocasión era que mi esposa y yo habíamos empezado a jugar al dado en alto, en casa, y luego habíamos bajado a la calle y allí habíamos seguido jugando, y de esa forma habíamos recorrido Shangay y salido al campo.

Adelaida era la que se quedaba siempre, ya que cuando me cogía sin que yo estuviese subido en algo, le recordaba que la meseta china estaba a 700 metros sobre el nivel del mar, y como yo estaba subido en la meseta, o sea a 700 metros, estaba bastante en alto.

Jugando y corriendo nos habíamos alejado de las últimas casas, cuando oímos una voz que nos decía:

—¡Alto, señoles!

Volvimos el rostro y era nuestro antiguo conocido, el terrible bandido Lang-Chu, el terror de la meseta, el que así hablaba:

¡Aliba las manos! —repitió, encañonándonos con un pistolón enorme.

Le acompañaban unos doscientos chinitos.

Adelaida y yo levantamos las manos en alto para obedecer y para implorar protección de los cielos, y el bandido nos maniató y nos condujo a su guarida.

Acto seguido, comenzó a desvalijarnos.

Primero vació el bolso de mi esposa, en donde encontré unas pesas de cincuenta kilos que Adelaida siempre llevaba consigo para cuando se la ocurría hacer gimnasia en mitad del paseo.

Además, se apoderó de unos cangrejos vivos, a los que mi esposa estaba amaestrando para hacer vida de sociedad.

Una vez desvalijada mi querida Adelaida, Lang-Chu extrajo de mis bolsillos esos objetos tan queridos, con los que siempre viajó:

Los doce tomos del Diccionario Universal, la ratonera musical, invención mía; el diminuto juego de la rana, las fotografías, dedicadas, de todos los reyes godos; un baño de bolsillo, la lámpara que habían de poner en la casa donde nací y una incubadora.

Todo pasó a poder del bandido, que lo guardó en un arcón, mientras cantaba una cancioncilla del país:

Chin-ping-chin-pung
Lao-chang-Lao-chang
Treo-chng-Treo-ching
Pim-Pam-Pim-Pam.

Yo callaba, madurando un proyecto de evasión, y Adelaida se puso a silbar con fuerza para ver de producir jaqueca al bandido.

Lang-Chu nos dejó en un rincón de la cueva y, acostándose

en una cama de bambú que había junto al arcón chino en donde había colocado lo robado, se durmió, tranquilo, como si nunca hubiera roto un plato de porcelana del país.

—Vámonos —le dije a mi esposa—. Vámonos, aprovechando la oscuridad de la noche.

Adelaida protestó:

—Estas no son horas de salir; cualquiera que nos viera por la calle pensaría que venimos de correr una juerga; espereemos que se haga de día.

—Pero, mujer, ¿no comprendes que de día nos vigilará mejor el bandido, y que es preferible aprovechar su sueño y la oscuridad para huir?

—No, barón, no —respondió Adelaida—; no pienses en correr por el campo a estas horas; además, no es prudente, nos podrían coger otros bandidos peores que éste; esperemos al nuevo día.

Después de dos horas de plática, logré convencerla de que nos debíamos de marchar.

—Está bien —dijo—, y luego llamó al bandido:

—¡Señor Lang-Chu! ¡Señor Lan-Chu!

—¿Qué pasa! —dijo éste.

—Que no le molestamos más, nos vamos; usted tendrá qué hacer —le contestó Adelaida.

—Espelen, señoles —respondió el bandido—, espelen, ya hablaremos del rescate.

Y se volvió a dormir.

Adelaida se volvió hacia mí:

—¿Lo ves cómo no nos podemos marchar?

—¡Tengo un plan! —dije.

Y Adelaida me acarició en la nuca.

Ya sabía ella que cuando yo tenía un plan, era de buen resultado.

Acerqué mis manos, atadas, a las de Adelaida, y ésta me desligó los nudos de la cuerda.

Ya con las manos libres, fácil me fué el desatarme los nudos que me sujetaban las piernas.

Mi dulce Adelaida quedó ligeramentemente asombrada cuando vió que no la desataba.

—Esto forma parte de mi plan —le dije.

El bandido se había llevado hasta la pelusilla de los bolsillos; mas no se le había ocurrido mirar en el sombrero. Y fué precisamente de su forro, del cual extraje todo lo necesario para caracterizarme: pelucas, bigotes, cola, etc.

Entonces, poniéndome frente a Lang-Chu, que me servía de modelo, me hice una cara que era igual a la suya, y era tan perfecta mi caracterización, que cuando me volví hacia mi esposa ésta me dijo:

—¿Qué quiere usted, bandolero!

Y hube de decirle:

—Adelaidita, mona; si soy yo, tu baroncete, mira.

Y la enseñé un lunar que tengo en la planta de un pie para que me reconociera.

Me apoderé suavemente de la manta del bandido y me puse su gorrito y una coleta postiza.

Acto seguido, me dirigí cautelosamente hacia la mesa en donde estaban mis objetos y comencé a guardármelos en los bolsillos. Lang-Chu despertó y me vió.

Peró al verme convertido en su imagen, creyó que era él mismo el que estaba robando y guardó silencio.

—Que no se entelen, que no se entelen de que estoy robando —decía por lo bajo, y sonreía.

Cuando hube guardado todo lo mío y lo de mi esposa, me dirigí a ésta, la tomé en mis brazos y me marché a la calle, mientras el auténtico Lang-Chu se decía por lo bajo:

—Ya la rapto, ya la rapto. ¡Hay que vel la fuerza que tengo en los brazos para poder con esa señola!

Ya estoy fuerte, ya colo hacia la ciudad, ya me pieldo de vista.

Y después de decir todo esto, se durmió tan tranquilo.

EL BARÓN DE LA CASTAÑA.



PROGRAMA PARA HOY

Una lata en el Polo
¡sensacional!

GRAN CINE



UNA LATA EN EL POLO

El Príncipe Godofredo, de Casquivania del Melonar, fué un gran aficionado a las expediciones.

Cuando era todavía un niño de muy corta edad, cuentan que se ataba una cuerdecita al biberón, se la cruzaba al pecho como un termo, y a gatas, porque aún era muy chico, trepaba por las escaleras del Trono de su papá, llamado Canalón VII.

Y una vez arriba, jugaba a que había alcanzado la picota de una montaña; chupaba del biberón y se escondía detrás de los almohadones para que no le vieran los guardias reales, que él, en sus juegos, pensaba que eran las fieras del bosque.

Como conocían sus aficiones los ministros, le regalaban unos preciosos álbumes con vistas del mundo entero.

El ministro del Trabajo, o de los días de trabajo, le regaló un álbum titulado: «Una Excursión al Polo en mangas de camisa.» El ministro de los Domingos y Días Festivos le regaló «El Carnaval en el Reino de los Cocodrilos.» El ministro de la Marina, «Una semana en bote.» El ministro de las Modas, «Una mañana en bata.» Y el de la Telefonía sin Hilos, una novela de aventuras titulada: «Perdidos y sin auriculares!»

Todo esto despertó más aún las aficiones del joven Godofredo, que hacía automóviles con las sillas de su cuarto, se ponía delante de los ojos uno de aquellos libros e iba pasando las estampas como si fueran pasando paisajes por su lado, mientras con la boca hacía un ruido que imitaba el de los «autos» muy veloces.

Y para que todo resultara con más propiedad, cogía las almohadas, las vestía en el vestuario de su padre sin que nadie se enterara —unas veces las ponía levita; otras, de general, y otras, de cazador—; y las atropellaba, o las sentaba con él y hacía como que se estrellaba tirándolas por alto.

El Príncipe creció, y tenía tal imaginación y tal deseo de aventuras y expediciones, que en cuanto se alejaba un poco de las ciudades, ya se imaginaba en en tierras extrañas, no pisadas jamás sino por salvajes y fieras.

Así le pasó que una vez subió a un pico, seguido del fiel Rolando el Chico, que era su servidor de confianza, y de su fidelísimo «Milhombres», que era un perro más chico que una cotorra, pero más escandaloso también.

Allí escuchó un extraño ruido.

—Rolando —exclamó—, ¿qué opinas de esto?

—Ese sonido es la respiración de un monstruo, seguramente.

—Entonces, ¿estamos en terreno ignorado?

—¿Quién duda eso? Yo opino que esta montaña deberá llamarse desde hoy el Monte de Godofredo el Mellado.

Porque se ha de saber que Godofredo era conocido en su pueblo por el Príncipe de la Mella, debido a un diente que se le rompió cuando tropezó al querer cazar un conejo, cogiéndole de esa borlita que es el rabo.

Siguieron caminando atentos al ruido y sin querer alejarse de él, y prepararon sus escopetas.

Y escuchándolo siempre, siguieron muchos kilómetros, ¡muchos kilómetros! en línea recta.

—A mí lo que me choca —dijo el Príncipe—, es que «Milhombres» no esté extrañado también con motivo del ruido.

—Será tonto —añadió Rolando.

—Así será; será tonto. El caso es que no se extraña ni lo más mínimo, y corre detrás de las mariposas como si no tuviera otra cosa en qué pensar; —y luego añadió, gritando al perro—: ¡«Milhombres»! ¡Basta de juegos! ¡A buscar al monstruo!

Pero el perrillo seguía jugueteando, tirando dentelladas humorísticas a las maripositas de colores.

—Lo que me extraña también es que el ruido suene delante de nosotros en línea recta. Y no se ven huellas... —dijo el Príncipe buscando por el suelo.

—¿A ver si es algún pájaro?

Miraron los dos al cielo para ver si era un pájaro, y... ¡oh decepción! —eran los hilos del telégrafo y del teléfono, que hacían ese ruido constante que suelen producir en medio del campo...

Después de un silencio de desconsuelo, el Príncipe exclamó:

—¿Y éste era el terreno no pisado por gentes civilizadas? ¡Ay, Rolando, qué fracaso!... Por supuesto, que tú tienes la culpa...

—¿Yo, Alteza?

—¡Tú, tú, majadero! —exclamó Godofredo por desahogar su ira. —Bien, señor. Écheme la culpa a mí. Pero espero que no se la eche a «Milhombres», que ese sí que no ha sido majadero.

—Es verdad. «Milhombres» ha sido el único que ha conocido y despreciado los ruidos de la civilización. ¡Qué vergüenza para nosotros!...

Y cabizbajos y casi llorosos, tornaron a la ciudad de Villamurciélagos, que era la capital de Casquivania del Melonar.

No se quedó tranquilo el Príncipe, y decidió hacer una expedición al Polo.

—Iremos en verano, que hará menos frío —dijo Rolando.

—¡Ca! Iremos en invierno, no sea que estén derretidos los hielos y sea otro fracaso como el de los hilos aquellos —respondió Godofredo.

El caso es que salió una expedición, mandada por Su Alteza el Mellado, en un barco de guerra muy viejo llamado el «Zambombazo», que Canalón VII concedió.

En la expedición iban: el Príncipe Godofredo, Rolando el Chico, un barbero, por si empezaba a salirle barba a Su Alteza, que ya iba siendo mayorcito; el joyero de la Casa Real, con un surtido muy lindo de alfileres de corbata, para que el Príncipe satisficiera todos sus caprichos; un mancebo de botica, con la aspirina, el bicarbonato y un surtido de purgas; un artillero muy viejecito, que era el único que conocía el funcionamiento de aquellos cañones tan anticuados; cuatro marineros, que sabían tocar la guitarra; un timonel, que si no se metía en los baches es porque no los hay, y «Milhombres».

Como no tenían brújula, cogieron un reloj que se le había roto al barbero; le dejaron una manilla, pusieron a ésta mirando hacia adelante, y ¡clarol, iban según mandaba la brújula.

Ello es que vieron tierra; llegaron a una playa abandonada, saltaron y subieron a la montaña, que estaba llena de nieve, y que seguramente sería el Polo Norte, puesto que no se veían pisadas de nadie. Godofredo tiró de la punta de lo que parecía su pañuelo de bolsillo, y resultó ser un banderín con estas letras: «El Príncipe Godofredo descubrió el Polo Norte el día... de... de 1925.»

Clavó en el suelo el bastón, sujetó el trapito, escribió con lápiz lo que faltaba de la fecha, e hizo que los marineros tocaran el himno de Casquivania del Melonar, y el artillero disparara balas hechas con bolas de nieve, ya que las otras se habían olvidado de cogerlas.

Cuando Rolando escarbaba para coger esas blancas municiones, tocó algo extraño.

—¡Vea, Alteza! ¡Un huevo!

—¡Oh! ¡Oh!... Esto es magnífico. Con esto no contábamos... Los naturalistas, los sabios, podrán

adivinar de qué extraño pájaro habrá sido. Hasta podrán incubarlo en una heladora y criar un raro bicho del Polo... ¡Magnífico, Rolando, magnífico! —dijo entusiasmado el Príncipe.

—¡Señor! ¡señor! —exclamó también muy contento el mancebo de botica—. ¡Una lata de sardinas!

—¿¿Qué dices?!! —gritó Godofredo... — ¡Esto nos pierde!

El barbero entonces cogió el huevo, lo cascó pegando con una navaja de afeitar, y descubrió que era un huevo de gallina cocido. Lo echó sal, y se lo comió, diciendo:

—Ya sé lo que ha pasado; que ha venido alguien a merendar al Polo sobre la hierba, antes de que nevara, y cuando ha empezado a nevar, han salido corriendo.

—Puede que sea eso —respondió el Príncipe, que no quiso decir a su tripulación que aquello no era el Polo, puesto que en el Polo no hay más que hielo, y allí, raspando un poco, había hierba.

¡Un nuevo fracaso del pobre Godofredo!

Volvió al «Zambombazo», mandó montar a todos, puso el reloj del otro lado para que señalara al Sur, y exclamó:

—¡A casita! ¡A casita!... ¡Cómo se suda en este Polo! ¿eh? —Y es que la vergüenza le azaraba y le hacía sudar. ¡Pobre!

¡¡HA TERMINADO!!

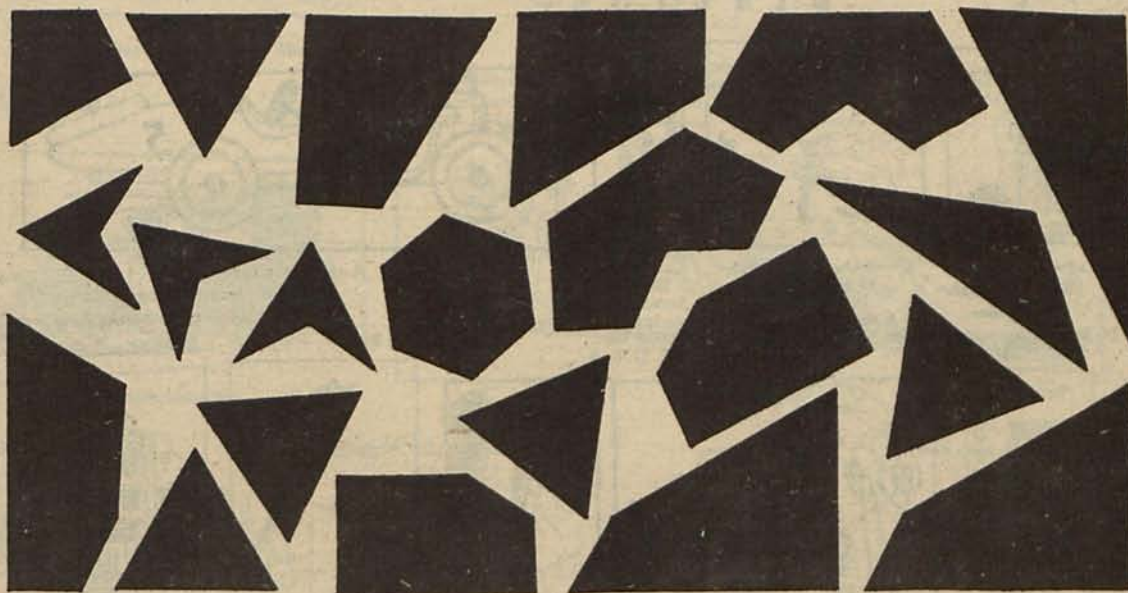
ANTONIO ROBLES.



CONCURSOS PERMANENTES

EL DE PROBLEMAS

PROBLEMA GEOMÉTRICO

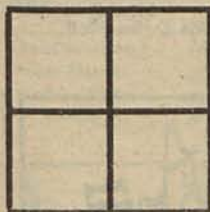


Para solucionar este problema, y no estropear la página, os aconsejo calquéis este dibujo en un papel grueso. Una vez hecho esto, recortáis cuidadosamente todas las piezas, y ahora viene lo gordo; habéis de formar con los veintitrés trocitos negros tres figuras geométricas perfectamente iguales.

Estas figuras son muy conocidas, y aunque es un poquillo difícil este problema, estoy seguro de que lo acertaréis.

(Fuera de concurso).

Los cuadros.



Este cuadrado dividido en cuatro cuadrillos hay que descomponerlo de forma que, sin suprimir ninguna línea, se transforme en sólo tres cuadrillos. Este trabajo podéis hacerlo con cerillas o palillos de dientes. Sólo con cambiar de sitio tres de estos palillos o cerillas basta para solucionar bien este problema... si los colocáis en su debido sitio.

95. P. Sección B.

ENCARNACIÓN MATEO
Trece años. Valladolid.

JEROGLÍFICOS

Muy populares.

ARTÍCULO B REDONDO N 500 NOTA FRUTA
Y NOTA ALMÍBAR A 500 NOTA EMBESTIDA

Caracol marino.

ROJO CASILLA PEQUEÑA DE
MADERA

Retraído.

PLANETA AETA MUNDO

96. P. Sección B.

GLORIA GONZÁLEZ.
Quince años. Sevilla.



Los sacos del molinero.

Un molinero tenía unos sacos de harina marcados con diferentes números. Un día, los colocó en el orden expuesto en el grabado, es decir, tres juntos en medio, dos a ambos lados y uno a cada extremo. De esta disposición resultó algo muy curioso en cuanto a los números. Si multiplicamos el número formado por las cifras correspondientes a los dos sacos de la izquierda, 28, por la cifra del saco de al lado, 7, obtendremos 196, esto es, el número formado por los tres sacos del centro. Pero si hacemos la misma operación con las cifras de los otros dos sacos de la derecha, 34, y la de su vecino, 5, el resultado no será ciertamente el mismo. Ahora bien: el problema de los sacos del molinero consiste en colocar los nueve sacos, moviéndolos lo menos posible, de modo que, multiplicadas las cifras de dos números por el de las esquinas, den siempre como resultado la cifra del centro.

97. P. Sección B.

JORGE J. RAFFO.—Quince años.
Unquillo. F. c. e. c. (República Argentina).

Jeroglífico.

ANA BERCOL

Con estas letras, formar el nombre de una ciudad española.

98. P. Sección A.

ALFONSO PÉREZ DE GUZMÁN.
Nueve años. Madrid.

Cambio de tocados.



Estos seis personajes, pertenecientes a seis razas y naciones diferentes, se han encontrado casualmente en la Exposición de San Luis.

La barandilla que allí hay produjo en estos hombres, llegados de tan varios como lejanos países, tal confusión, que, sin saber cómo, cambiaron los gorros, plumas, etcétera, etc., que llevaban sobre sus cabezas, y tú, ingenioso pinochista, tienes que deshacer el lío, restituyendo a cada personaje su adorno correspondiente.

99. P. Sección B.

CONSUELO ALONSO.
Trece años. Madrid.

PALABRAS CRUZADAS

El vaso.

INDICACIONES

VERTICAL

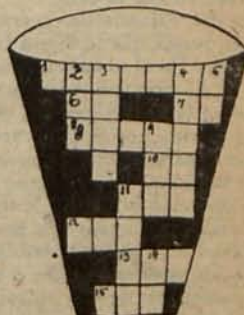
2. En el pájaro.—3. Carne.—4. Carácter.—5. En las cartas.—9. De verbo.—11. De la mano.—14. Artículo. 13. Nota musical.

HORIZONTAL

1. Planta.—6. Artículo.—7. En la baraja.—8. Piedra.—10. De carretero.—11. Par.—12. En la pierna.—13. Contracción.—15. Fuente de calor.

100. P. Sección A.

CARMEN RAMOS.
Ocho años. Málaga.

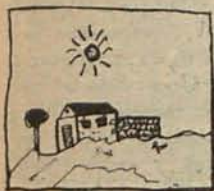


Las condiciones completas de estos Concursos y sus premios se han publicado en núms. anteriores de PINOCHO.

CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :: HISTORIETAS :: CHISTES ILUSTRADOS :: CHISTES SIN ILUSTRAR :: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

DIBUJOS



La casa de mi tía.
VALENTINA IGNACIO.
7 años. Carabanchel Alto.
444. D. Sección A.



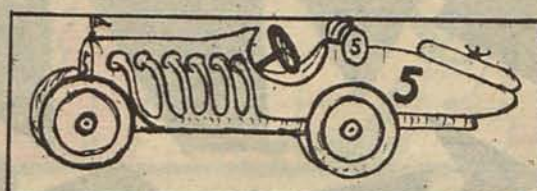
Mi tío oyendo la radio.
ELENA HAGORE.
Doce años.
445. D. Sección B.



Currinche y Don Turulato mendigando.
JOSÉ A. LÓPEZ.
6 años. San Sebastián.
446. D. Sección A.



Un indio.
JAIME CABALLERO.
Trece años.
447. D. S. B.



Auto de carrera.
MANUEL MÉNDEZ MEIN.
Catorce años. Buenos Aires.
448. D. Sección B.



Cosima en un sueño.
CONSUELO ALONSO.
Trece años. Madrid.
449. D. Sección B.



Serapio leyendo PINOCHO.
ENRIQUE MUÑOZ.
Diez años.
Zaragoza.
450. D. Sn. B.



Apuntes de MAURICIO BERMAU.
Once años. Buenos Aires.
451. D. Sección B.



Indio.
GUILLERMO DÍAZ.
Catorce años.
452. D. Sección B.



Pinocho a los toros.
SILVINO MAMPOCY.
Doce años.
453. D. Sección B.



La casita de mi hermanito.
CONSUELITO SERRANO GARCÍA.
Siete años.
454. D. Sección B.

Rosa-Luz y Pinocho.

Cierta día paseábase la Princesa Rosa-Luz por los jardines reales, cuando entra un criado del Rey y dice a la Princesa:

—Señora, vuestro padre, el Rey, dice que paséis a la sala del Trono.

La Princesa, sin más réplica, se dirige a la sala del Trono.

Apenas llega, sale su padre a recibirla y le dice:

—Hija mía: Quiero que te cases el año que viene, y el Trono será tuyo.

La Princesa, al oír estas palabras, se puso muy colorada, no creyendo que su padre le cediese el Trono.

—Porque has de saber —prosiguió su padre— que me he cansado de reinar, y has de buscar marido.

o o

Al día siguiente, la Princesa, metida en una carroza de oro, toda llena de flores, con un vestido de tela de oro bordado de pedrería, se paseaba con su padre por el reino de Florián.

Un día que la Princesa regaba sus plantas, vino de pronto un terrible huracán que se las arrancó todas.

Llorando la pérdida de sus flores, permanecía sentada la Princesa en un banco inmediato al jardín, cuando de pronto oye pasos, mira, y... ¡qué vel, ¡a Pinocho!

—¡Pinocho de mi alma —exclama—, cuánto tiempo he pensado en ti!

¡Ay, Rosa-Luz! ¿Qué es lo que te aflige?

—Un terrible huracán me ha arrancado mis flores.

—Mañana te traeré de todas las simientes y te las sembraré yo mismo.

¡Ay, Pinocho de mi alma —exclama Rosa-Luz—, tú serás mi esposo!

A al día siguiente se casaron, y vivieron felices durante muchos años.

MARÍA CLEMENCIA SALVÁ.

56. C. Sección A.

La cinta de la vieja.

Había una vez un príncipe al que le entró mucha tristeza; su única distracción era la caza.

Un día, estando de cacería, se encontró con una vieja que le dijo que si quería que le dijera la buenaventura; él le respondió que sí, y le dijo: En el mundo hay una persona que daría la vida con gusto por ti. El príncipe volvió a palacio y en seguida mandó que le dispusieran las cosas para un viaje, y se fué a buscar a la persona que daría la vida por él. La buscó por todo el mundo, y ya se disponía a volver a palacio sin encontrarla, cuando empezó a llover a torren-tes y tuvo que refugiarse en una cueva, y se puso a llorar; en esto, se le apareció la vieja y le dijo: No llores, ya sé por lo que es; toma esta cinta y agárrate a la punta, y ella te guiará. El príncipe, muy contento, hizo lo que le habían dicho, y vio que lo llevaba a su país, quedando muy extrañado, y más cuando vió que lo llevaba a su propio palacio, y que lo entraba en un salón donde estaba su madre esperándolo después de su larga ausencia. La cinta se acabó allí, y el príncipe, al estrechar en los brazos a su madre, dijo: ¡Era mi madre!

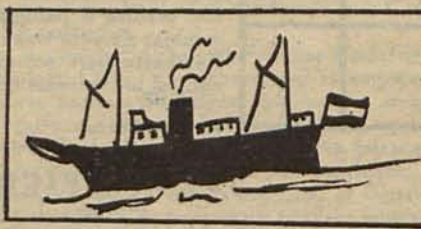
MARÍA HALCÓN.

Doce años. Sevilla.

57. C. Sección B.



Mi hermana Pilar.
MERCEDES CAMBAS.
Catorce años. Puerto Rico.
455. D. Sección B.



El R. M. Cristina.
JOSÉ A. CAMBAS.
Nueve años. Puerto Rico.
456. D. Sección A.



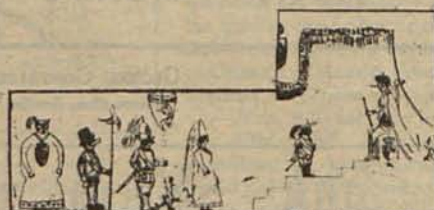
Un clon.
VICTOR FERNÁNDEZ.
Once años.
La Magdalena.
457. D. Sn. B.



Señorita Fifi.
COCA DONATO.
Catorce años.
República Argentina.
458. D. Sección B.



La yegua «Laura».
J. A. C.
Nueve años. Puerto Rico.
459. D. Sección A.



El palacio del Rey Pinocho.
EMILIO ESTIRADO.
Doce años. Madrid.
460. D. Sección B.



Una planta de tabaco.
M. C.—14 años.
Puerto Rico.
461. D. Sección B.



Una holandesa con su hijo.
PILAR BULLIDO.
Catorce años.
462. D. Sección B.



Mi amigo Sornichero.
ALFONSO PÉREZ.
Trece años.
463. D. Sección B.



Lo que se ve en los bosques de mi país.
PABLO WEBER.
Once años. San Sebastián.
464. D. Sección B.



Spencer, Sanchocros, Monjardín y Eguizábal.

465. D. Sección B.



ANTONIO ESQUIVIAS.
Diez años. Sevilla.



Villalta.
JUAN PRIETO.
12 años. Madrid.
466. D. Sn. B.

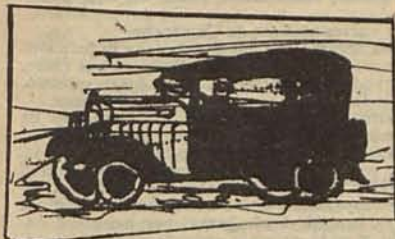
Antonio Díaz.
J. MARTÍNEZ.
Catorce años.
467. D. Sección B.



Pinocho bailando.
GABRIEL MONJE.
9 años. Madrid.
468. D. Sn. A.



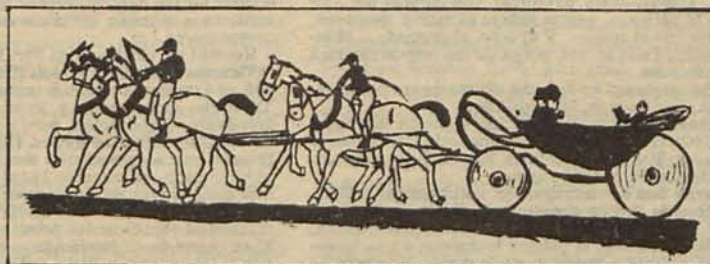
Chapete, guardia.
E. GÓMEZ.
Ocho años.
469. D. Sección A.



A toda velocidad.

470. D. Sección B.

FÉLIX GARCÍA.
Trece años. Madrid.



Un coche.

471. D. Sección B.



Un sultán.
GRILLER JULIO JOSEPH.
Doce años. Madrid.
472. D. Sección B.



La Dama de Elche.
ANTONIO MACIÁ.
Trece años. Elche.
473. D. Sección B.



Aladino encuen-
tra su lámpara.
MIGUEL MOCHORI.
11 años. Madrid.
474. D. Sn. B.

El perro fiel.

I

Muchos años hace de esto que voy a relatar; pero como el tiempo no hace falta para nada, empezaré por decirlos que en Madrid, hace noventa años, vivía una familia llamada Bocaliof, compuesta del Sr. Pedro, la Sra. Catalina y Carmita, hija revoltosa y de malos sentimientos. Tenían un perro al cual le hacía mucho padecer, pinchándole, dándole latigazos y otras muchas diabluras, y el fiel animal se aguantaba.



De paseo.
JOSÉ LUIS GARCÍA.
Once años. San Sebastián.
475. D. Sección B.



Siluetas recortadas con tijeras.

476. D. Sn. B.

ALICIA MARTÍNEZ.
Doce años.

II

Los negocios del padre le llamaron a América del Sur, donde tuvieron que marchar todos.

Ya de vuelta del viaje de América, donde se hicieron millonarios, estando en el Océano echaron el perro al agua donde se creyeron que había muerto; pero el fiel animal los siguió nadando.



Un buen par.
VICENTE SOLER.
Diez años. Alicante.
477. D. Sección B.



Una parada de Zamora.
PEDRO LÓPEZ.
Once años.
478. D. Sección B.



Estudio.
MARÍA LUZ MARTÍNEZ VALDERRAMA.
Once años.
479. D. Sección B.

III

En estos momentos un barco pirata asaltó el vapor en donde iban, y se entabló una lucha entre los marineros y los piratas, ganando al fin los últimos, y, apoderándose de los padres de Carmita, les amenazaron diciéndoles que los mataban si no entregaban sus millones.



Chombos parando.
LUIS LORENZO.
Catorce años. Lugo.
480. D. Sección B.

IV

Oscureció, y los padres de Carmita fueron pasados a cuchillo por los piratas, y arrojaron a ésta al agua apoderándose de sus millones; pero entonces su fiel perro la cogió y se la llevó, salvándola de una muerte segura. Medio muerta llegó a la orilla.



Comprando PINOCHO.
GLORIA GUIMARAES.
Catorce años. Buenos Aires.
482. D. Sección B.

V

Su fiel perro la cuidaba y le daba hierbas y otros vegetales. Al tercer día, ya buena del todo, dió parte a la policía, cogiendo afortunadamente a los piratas.

Después convirtiéndose muy buena y siempre quiso mucho a su fiel perro, viviendo feliz...



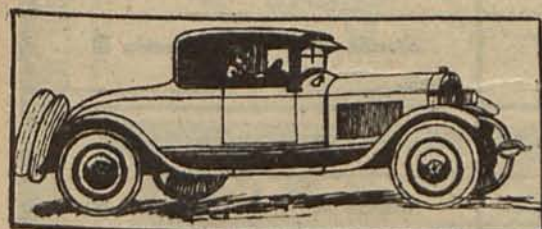
Chombos para con estilo.
RAMÓN LORENZO.
Lugo.

481. D. Sección B.

58. C. Sección B.

Colorín colorado,
mi relato ha terminado.

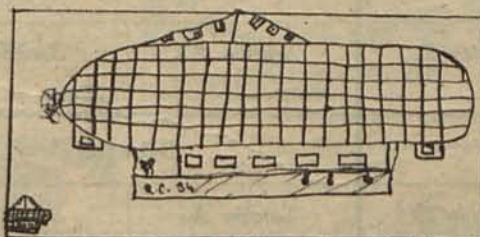
ANTONIO MACIÁ.
Trece años. Elche.



Mi auto.

483. D. Sección B.

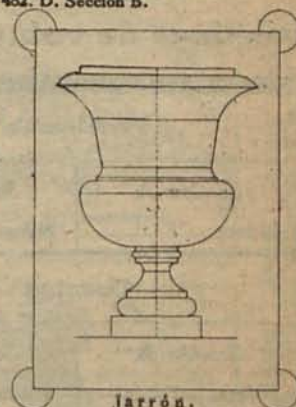
LUIS LORENZO.
Catorce años. Lugo.



Un dirigible.

484. D. Sección B.

MANUEL ROBLES.
Once años. Madrid.



Jarrón.

485. D. Sección B.

L. L.
Lugo.

CORRESPONDENCIA

Antonio Salgado. (Valencia).—Te puse a los pies de Pirula, como fué tu deseo. Espero tus trabajos.

Leticia Gómez Sanjuán. (Buenos Aires).—Queridísima Leticia: Comprendo tus deseos de venir a Madrid. En Madrid me tienes a tu disposición. Si alguna vez te decides, no omitas avisarme con anticipación suficiente. Para mí será un placer recibirte en el primer puerto español que toque tu barco. Referente a tus obras maestras—es decir, a tus cuentos y dibujos—, nada tengo que decir. Se publicarán en mi Revista conforme les llegue su turno.

José Serrano Cubillo. (Villanueva-Minas).—Ya te conocemos. Y ya sabes tú que te estimamos. Sin embargo, como me pides mi opinión sobre tu historietita muda, te diré que tu historietita, no obstante ser muda, está como hablando, admirable.

Eduardo Smssen. (Santiago, Cuba).—Dos palabras: Tus chistes me han gustado muchísimo. Sobre todo el primero, que se refiere al mar y que será, desde luego, publicado—el chiste, no el mar—. Y el otro, el segundo... Mándame otras cosas, querido Eduardo. Todo lo que venga de tus manos recibirá por mi parte la más elevada distinción.

Antonio Aragón. (Madrid).—Se celebrará en la fecha últimamente indicada. Los trabajos de Elolsa y Concha, por buenos, los publicaré.

Ester Claramunt Bouton. (Montevideo).—Tu problema viene en las mejores condiciones para salir en PINOCHO. Esperas mi contestación, dices en tu carta, para remitirme más trabajos. Vengan, amiguita Ester. Todo ello saldrá en mi Revista, con gran satisfacción por mi parte.

A los Pinochistas que me honran con sus admirables «problemas».—Recibo problemas de todas clases. Recibo tantos problemas, al cabo de la semana, como Pinochistas existen. Y es esta una cantidad enorme, respetabilísima, imponente. Por ello me veo obligado, desde el primer momento, a una escrupulosa selección, que me obliga además a apartar, no lo malo—que esto no se da nunca en los trabajos de los Pinochistas—, sino lo que no es muy bueno...

Pues bien: entre las muchas clases de problemas que recibo vienen algunos tan numéricos, tan matemáticos, tan algebraicos, que a veces quedo pensando si semejantes problemas—verdaderas muestras de una capacidad mental inconcebible—me los envía un Pinochista, Pitágoras o Coulvier-Gravier. Debo confesar, sin embargo, que tales problemas no cuadran bien a mi Revista. Aunque yo no eludo la Aritmética—antes al contrario, admiro esta señora, la venero, la quiero—, no me parece bien someter a mis Pinochistas, por un Pinochista matemático, a las matemáticas. Siempre que no salgan aquellos problemas de los límites de un «pasatiempo», bien. Pero desde hace poco tiempo estoy recibiendo problemas fantásticos, de 44 incógnitas, constelados de ecuaciones de 32 grados. Y esto no puede ser, esto es mucho. ¡Pobres mis Pinochistas!

Mercedes Sáenz. (San Sebastián).—Aunque tus dibujos están muy bien, no puedo publicarlos. Son tan pequeños, tan sumamente pequeños que, de reproducirlos, se harían invisibles. Procura para otra vez un mayor tamaño.

A. Abisina. (Buenos Aires).—Recibí tu «colosal automóvil Hubsan», que me ha llenado plenamente. Tanto, que, de necesitar alguna vez un «auto», no dudaría en comprarlo de esta marca. Es verdaderamente admirable.

Olimpia Iturbe. (Caracas, Venezuela).—Mi queridísima Olimpia: Mucho deseaba tus cartas. Estaba impacientemente, verdaderamente inquieto, esperando tus noticias. Por fin, al cabo de tanto tiempo, recibo tus líneas—¡por qué tan cortas, Olimpia?—y tu cuento. Aquéllas me han alegrado y éste, como puedes suponer, me ha encantado. El rey de tu cuento, es un modelo de rey, y el hijo menor del rey de tu cuento, es otro modelo de hijo. Ni que decir tiene que este rey, y su hijo menor, y sus dos hijos más, saldrán en la Revista, para dar buen ejemplo a todos; cosa que, a decir verdad, no precisen los Pinochistas, ya de por sí ejemplares; pero saldrán, sino para ejemplo, para dar distracción y satisfacción a todos los lectores de mi Revista.

Pepita, Lolín, María Salomé y Marisa Baldasano. (Madrid).—«Ahí te mandamos esos dibujos que, como verás, es canela fina». Así encabezáis vuestra simpática carta. ¿Qué voy a decirlos después de leer eso? ¿Puedo decir más? ¿Qué mayor elogio? ¡Ahí es nada! ¡Canela fina! Y en verdad que son vuestros dibujos admirables, y de lo más fino, y de lo mejor, lo más selecto. Estoy muy satisfecho, y como vosotros, por vuestra parte, estais muy interesadas («esperando lo que nos dirás en tu bonito semanario»), vengo a comunicaros mi decisión, que no es otra que la de publicar estos dibujos rápidamente, a la mayor brevedad posible, porque así lo quiere Pepita, Lolín, María Salomé y Marisa.

Besos de Pirula: 3.000 (número redondo).

O. Betancourt. (Barcelona).—Si te suscribes a PINOCHO, y quieres hacerlo desde el primer número, puedo mandarte la colección completa. Ahora lo que no puedo hacer es remitirte los tres tomos que me pides, pues semejante regalo no se dio más que en un principio a los primeros suscriptores. En cuanto a tus chistes, que son muy buenos, los publicaré.

Eduardo Piñar y Miura. (Sevilla).—No te niego originalidad. Tu problema es precioso, no me cabe duda. ¡Pero

se han publicado tantos problemas parecidos a éste! ¡Tantos, tantos! ¡Por qué no me mandas otro, más gráfico que el de hoy, original como tuyo, bonito y entretenido? Me darás una gran alegría, querido Eduardo.

Lily y Piluca García de Valenzuela. (Bilbao).—El sorteo de regalos se efectuará en la fecha últimamente indicada. En cuanto a si es posible escribirse, cartearse las Pirulinas, por mediación de PINOCHO, te diré: Hace unos cuantos números, cediendo a los insistentes ruegos de Mercedes Rey—Pirulina cubanita—, inserté aquí una carta suya dirigida a Piluca Gillis Yuste—Pirulina española—. Fue, como comprenderéis, una excepción, en atención a que Mercedes venía de Cuba—¡había atravesado el mar, fijas!—sólo y exclusivamente por verme. Piluca, tan cortés como es, contestó a su amiga, y esa carta no la inserté ya, no la publiqué. Después de esta negativa hecha a Pilar Gillis, debo mantener mi actitud, no puedo desdecirme, y de aquí que conteste a vuestra carta de esta forma, lamentando muchísimo no poder complacerlos.

Recibí mi cariño, el de Pirula, y varios abrazos de Currinche. **Victoria Lucrecia Latessa (Buenos Aires).**—No puedo acceder a tu petición. ¡Oh, si hubiera accedido a tantas, tantísimas como he recibido de esa clase. Tú serás consecuente y lo comprenderás. Pídemelas cuantas quieras, mándame colaboración, pero no solicitudes de mi cosas que no puedo hacer.

Francisco Higuera Reyes. (Algeciras).—«Si es aprobado el chiste, dices en tu carta, me alegraría que me mandaran el Quijote o libros de aventuras». ¡Ahí es nada, mi querido Paco! ¡El Quijote! Pero no me explico, entonces, en mis condiciones de concursos? En estas digo que los Pinochistas votarán el chiste, el cuento, etc., de mejor calidad, y que a los mismos Pinochistas corresponde adjudicar los premios por mediación de los boletines de votación. Si tu chiste fuese publicado—que no lo será, desde luego, por venir sin cupón—, si tu chiste fuese publicado, y en la votación obtuviera el mayor número de votos, obtendría premio, un cuento. Pero... ¡oh, la memoria! Tu chiste, con ser bueno, ha venido en las peores condiciones para salir en mi revista. Mándamelo otra vez, si quieres, con cupón y verás cómo te lo publico. Y quién sabe: acaso fuera favorecido con los votos de tus compañeros y obtendría entonces el premio que por tales votaciones le correspondiera. ¡Animol pues, y a colaborar!

Eduardo Cencillo (Granada).—No puedo admitir otros trabajos que no sean los fijados en los nueve concursos. Lo que más se acerca a esas «construcciones» de que hablas es el «problema». Mándame de éstos. En cuanto a tu historietita, ya puedes imaginarte: se publicará, por buena. ¿Conformes?

Juanito Castellanos Maese (Sevilla).—¿Y los cupones de estos dibujos, Juanito?

María Domínguez Sandoval (Alicante).—Siendo suscritora como eres, basta un cupón. Ya es un privilegio.

Miguel Serrano (Pueblo Nuevo del Terrible).—Gran satisfacción he experimentado al recibir tu carta. Veo que al fin, como no podía menos de suceder, comprendes mi actitud, mi comportamiento, siempre bueno, generoso, favorable a los Pinochistas. Lamento mucho, sin embargo, el percance con tu gaita, y más aún cuando este percance originó tus primeras líneas. Pero... en fin, todo pasó. Ya estás contento y satisfecho de mí; ya estoy yo contento por mi parte. Y refiriéndome a los trabajos que piensas remitirme, no dudes ni un momento; los publicaré, siempre que vengan con su cupón de concurso. Te espero, querido Miguel. Ya no puedo dudar de tu afecto, puesto a prueba en estos últimos días. Adiós.

María Teresa Carasa. (Madrid).—Mi queridísima María Teresa: Estoy esperando tu respuesta. Ya sabes que ardo en deseos de solventar esta duda sobre los números del sorteo. Preciso tu dirección; necesito saber desde dónde me remitiste los cupones. Todo antes de que el asunto quede así, María Teresa. Escríbeme, pues, a la mayor brevedad posible. No puedo dormir, no vivo pensando en esto tuyo. Escríbeme.

Jesús María Nieves Iglesias. (Santiago).—Primeramente te felicito por el «Escolar Pinocho» que capitaneas. He lamentado muchísimo no poder mandar la casaca que me pides, pero ello no entra en mis cálculos, ni ha entrado nunca. Puedes remitirme cuantos trabajos quieras. Ya sabes dónde me tienes.

Gloria Gómez (Valladolid).—Mi queridísima Gloria: Supongo en tu poder el premio que te adjudiqué en la penúltima serie. También habrás recibido los tres tomos que te correspondían. Asimismo de las órdenes oportunas para que mandaran la revista a tu nueva casa. Creo que estarás contenta conmigo. No puedo, aunque quisiera, hacer que PINOCHO llegue a tus manos antes del sábado. Me extraña mucho lo que me dices.

En este momento no me acuerdo de los trabajos de tu hermana Lola; pero si llegaron a mis manos, y como Dios manda, que tenga por seguro que se publicarán a su tiempo. Tú, por tu parte, remíteme todo lo que quieras.

Lorenzo López (Astorga).—No tengo que decir otra palabra que la siguiente: Admitido. Y referente al asunto de los cupones, ya buscaremos una fórmula oportuna, que convenga y agrade a todos los Pinochistas.

PINOCHO CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NUM. 36

El Pinochista D.

de años, y cuyas señas son

remite un trabajo para el Concurso de (1).

Fecha (Si es suscriptor, poner el número)

(1) Indicar el que sea de los nueve. Leer bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.

Boletines de votación para los Concursos correspondientes al mes de octubre.

Problemas		Chistes ilustrados		Chistes sin ilustrar	
Sección A	Sección B	Sección A	Sección B	Sección A	Sección B
Núm.	Núm.	Núm.	Núm.	Núm.	Núm.
Cuentos		Dibujos		Historietas	
Sección A	Sección B	Sección A	Sección B	Sección A	Sección B
Núm.	Núm.	Núm.	Núm.	Núm.	Núm.

Pertenecen a la Sección A los trabajos de Pinochistas menores de diez años; y a la Sección B los de mayores de diez años. El voto consistirá en poner en cada casilla el número correspondiente al trabajo que más guste de cada concurso entre los publicados en el mes. Deben enviarse bajo sobre a «Editorial Saturnino Calleja», S. A. Votación de Concurso. Apartado 447. Madrid.

¿SABEIS POR QUÉ?

¿POR QUÉ LOS EGIPCIOS EMBALSAMABAN A SUS MUERTOS?

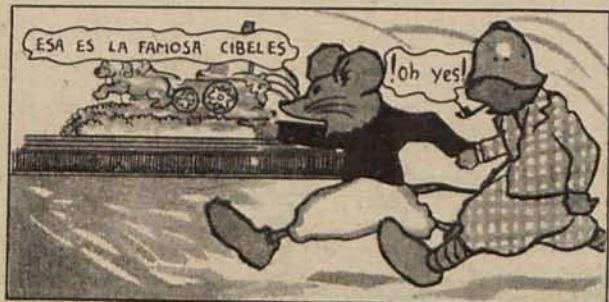
En cada ciudad de Egipto existían sus embalsamadores de profesión, de la misma manera que hay hoy —y que hubo entonces también— en cada ciudad, carpinteros, albañiles, etc., etc. Ello viene a demostrar que semejante profesión era necesaria en aquel pueblo, y lo era, en efecto, porque todos los egipcios, unos con más lujo y otros con menos, mandaban embalsamar sus difuntos. Cuenta Herodoto, el más antiguo historiador griego, que existían sus precios, esto es, que había embalsamamiento de primera, segunda y tercera clase, según la categoría y solvencia de la familia del embalsamado. Los procedimientos que empleaban para la momificación eran muy lentos. A los setenta días de trabajar sobre el cadáver, desecado éste, casi reducido a su esqueleto, envolvíanlo en unas largas vendas. En tan singular estado, la momia se colocaba en un ataúd de madera, ataúd que representaba, en su parte exterior, con más o menos fidelidad, el cuerpo y la cabeza del embalsamado. Semejante féretro venía a alojarse luego en el panteón, y este panteón podía ser también de diversas clases, según la fortuna del muerto. El faraón —es decir, el rey de Egipto—, se hacía labrar en vida un panteón imponente. Las tres grandes pirámides que se conservan son las tumbas de los reyes *Cheops*, *Chefrén* y *Misérino*. En estas tumbas se colocaban todos los elementos indispensables y lujosos que rodearon al difunto en su casa, durante su vida. Así, la tumba de un faraón era un palacio, donde los salones se hallaban amueblados con suntuosa esplendor, y en los cuales no faltaba nunca el detalle predilecto del difunto: el retrato de la persona querida, la escultura preferida, la pintura favorita. El muerto, momificado, veíase rodeado del mismo ambiente que respirara en vida, y dormía tranquilo.

¿Por qué, nos preguntamos nosotros, esta costumbre del pueblo egipcio? Ciertamente, no era una costumbre caprichosa. Correspondía a una creencia, a una religión

arraigada en el alma egipcia. Para este pueblo, el hombre no moría inmediatamente. Al exhalar su último suspiro, se escapaba del cuerpo del moribundo otro cuerpo invisible, al que llamaban *Doble*. Este *Doble* podría vivir eternamente si el cadáver se conservaba íntegro. Había que emplear, por consiguiente, todos los procedimientos posibles para mantener aquella integridad, y de aquí el embalsamamiento y la transformación en momia. Así se conseguía la vida eterna del difunto. A ese cuerpo inmortal e invisible, llamado *Doble*, se le suponía con idénticas necesidades a las que tuvo el muerto durante su vida, con idénticas aficiones, predilecciones y caprichos. Por eso se construían en las tumbas grandes habitaciones, donde el *Doble* pudiera pasear libremente, y en esas habitaciones se colocaban retratos, esculturas y pinturas familiares, donde el difunto pudiera recrear su vista. Como estas tumbas se hacían para largo tiempo, para la eternidad, se procuraba despistar la entrada de aquéllas con largos y laberínticos pasillos, a fin de evitar el acceso a ladrones y profanadores. También procuraban sentar la tumba en lugares secos, distantes, desde luego, del terreno inundable por las crecidas del río. Los egipcios suponían que el reino de los muertos comenzaba allí donde concluía el valle del Nilo, río de la vida. Y aunque distanciados materialmente de sus difuntos, los egipcios vivieron siempre en perpetua comunicación espiritual con sus antepasados, tributando a éstos los obligados honores fúnebres.

Los procedimientos empleados para el embalsamamiento eran tan excelentes, que aún hoy se conservan las momias tal y como fueron depositadas en sus tumbas. Esta conservación, no sólo de la momia, sino de todos los elementos de que la rodearon, hace que ahora conozcamos mejor que a ninguno otro, al pueblo egipcio, siendo éste, precisamente, el pueblo de más antigüedad en la historia.

HAZAÑAS DEL RATON DON ROQUESSO



SECCIÓN PIRULA



PIRULA MUEBLISTA

Una silla.— Muchas personas tienen algún animalito de lujo, amaestrado; por ejemplo, sé de una señora nor-

teamericana que debía de ser algo así como reina de las sartenes de asar manteca, o princesa de los agujeros de queso de Gruyere, y que poseía un boa.

No un boa de plumas, sino una boa constrictor, y con este reptil enroscado al cuello, la dama en cuestión recibía a sus visitas, si es que algún valiente se atrevía a visitarla, cosa nada probable.

Un famoso poeta francés, que vivió en el siglo pasado, y se llamaba Gerard de Nerval, se paseaba por las calles de París llevando un cangrejo atado de una cinta azul.

Y Mussolini, el hombre de Estado italiano, de quien seguramente habréis oído hablar, posee un leoncete.

Dudo que ninguno de mis lectorcitos incurra en semejantes extravagancias, y supongo que vuestros animalitos caseros, si los tenéis, no pasarán de ser algún que otro perro, gato, loro, canario, grillo o galápago.

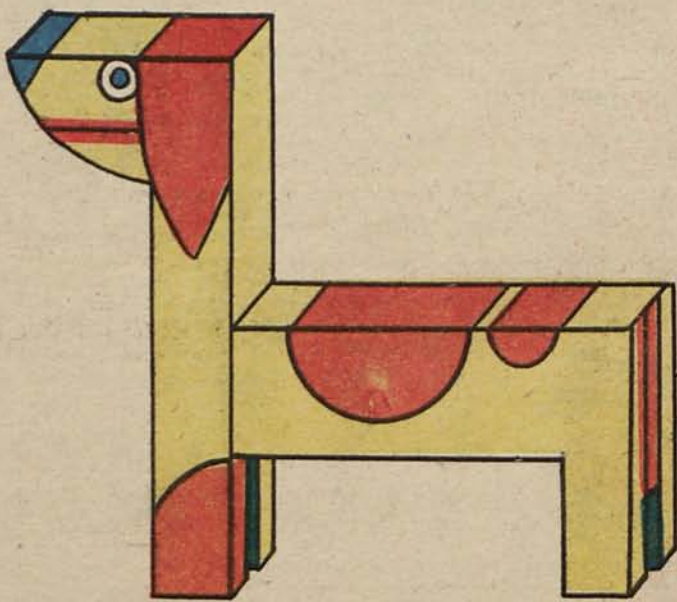
Lo más corriente son los perros, y ya sabéis que merecen el afecto con que los distinguimos, por sus excepcionales cualidades de fidelidad, inteligencia, nobleza, agradecimiento, etc., etc.

Tampoco dejaréis de saber que los perros que más ladran son los que menos muerden, y no os sucederá, seguramente, lo que a aquel niño que se asustaba de los ladridos de un «fox-terrier», y a su padre, que le decía: «Pero, tonto, ¿acaso no sabes que «perro que ladra no muerde?», y él contestó llorando y tartamu-

deando de miedo: «Sí, pa... pa... papá, que lo sé; pe... pe... pero puede que no lo sepa el pe... pe... perro.»

Con todas estas divagaciones, se me va pasando el tiempo sin presentaros esta silla, que ofrece la particularidad de que se sienta uno en ella de lado, y de que el respaldo sirve para apoyar un brazo, lo cual es comodísima para leer.

Como veis, esta silla representa un perro —que es



precisamente lo que me ha sugerido mis anteriores reflexiones—; este perro me ha salido algo... cubista; tanto mejor; tiene así una originalidad completamente «pirulesca».

PIRULA BORDADORA

Almohadón.—¡Qué buenas sois, mis queridas lectorcitas, y cuánto os agradezco la atención que habéis tenido al solicitar, repetidas veces, que os dibuje mi propio retrato!

Cierto que en varias ocasiones, y representando pantallas, lámparas, cometas, almohadones y demás objetos, os he dibujado el legendario y narigudo rostro del gran Pinocho, el cuerpo rechoncho del infame Chapete, el bigutudo Don Turulato, Currinche, el travieso negrilla, el simpático perriro Voltereta y, en fin, todos los famosos personajes de este «vuestro» semanario.

Pero hasta ahora, no recuerdo haber pintado ningún autorretrato (no incuriré, por supuesto, en el error de aquella señorita que decía: «Este es mi autorretrato, pinta-

do por mí misma»), y si bien aparezco en todos los números encabezando mi sección, esos retratos no os sirven para nada... más que para

conocerme y recordarme, por si estuviérais a punto de olvidaros de mí. (¡Qué horrible eventualidad! No quiero ni pensarlo.)

Pero aquí tenéis un retrato mío, que podéis reproducir, para un almohadón, bordándolo en arpillera, que es ese tejido con el cual se hacen los talegos de patatas, y que, a pesar de ser tan basto, es de un efecto precioso en mil cosas de mobiliario, (entre otras, cortinones y cojines) y también sirve maravillosamente para tapizar las paredes hasta media altura, encuadrándolo con unos listones de madera ordinaria, pintada de negro o de castaño.

